

IZQUIERDA



DIRECCION

Elias Castelnuovo

Nº. 2.

20 Cts.

REDACCION

Julio R. Barcos - Juan Lazarte - José Torralvo - Luis Di Filippo

IZQUIERDA

APARECE EL TERCER JUEVES DE CADA MES

ADMINISTRACION
SEBASTIAN FERRER

Concepción Arenal 3987

PRECIO DE SUSCRIPCION

Semestre	\$ 1.—
Año	„ 2.—
El ejemplar, Capital e interior,	„ 0.20
Agentes y paqueteros, convencional.	

CUPON DE SUSCRIPCION

Sírvase suscribirme a la revista por el primer semestre.

Dirección

Adjúntese un peso al cupón y envíese todo a **Sebastián Ferrer** - Concepción Arenal 3987 - Buenos Aires.

Los Agentes y paqueteros deben hacer los pedidos de ejemplares con seis días de anticipación.

CORRESPONDENCIA

HUMAHUACA 3792

IZQUIERDA invita a todos los escritores libres de América a colaborar en sus columnas.



IZQUIERDA

PUBLICACION MENSUAL

Año I

Buenos Aires, Diciembre 22 de 1927

Núm. 2

EN TORNO AL FASCISMO

Conviene salvar los equívocos y darles a ciertas expresiones su genuino significado. Se usa y se abusa de la palabra "fascismo" cuya traducción literal al español es fajismo, de fajo, unión. Unamuno fue, quizás, el primero en usarla en castellano diciendo que el fajismo ha nacido en Barcelona; así lo ha declarado ante los tribunales de Francia durante las sesiones de un ruidoso proceso. Pero es un error. El "fascismo" ha nacido en Italia y en Italia morirá. No es una doctrina de principios universales y, por lo tanto, nace, se desarrolla y muere en el país que lo ha engendrado. No se aviene a los trasplantes, sólo respira en su atmósfera originaria. En los climas extraños languidee; sus raíces no arraigan, ni su tronco se fortalece más allá de los Alpes.

En Francia se intentó la empresa sin éxito alguno y el mismo Maurras se apresura a declarar que el realismo francés no es semejante al "fascismo" italiano.

Los alemanes hicieron también su experimento. Hay en el fascismo cierta estructuración mental disciplinista grata al espíritu germánico. Intellectuales de renombre pregonaron con acento apasionado la doctrina dictatorial. Oswald Spengler les ofreció el prestigio de su nombre. En nombre de los ideales fenecidos se proclamó el advenimiento de la "Real Politik". Pero el reducido círculo aristocrático no tiene perspectivas de ensanchar su radio de acción.

Y la misma dictadura militar española no tiene nada de común con el hecho político italiano.

Hubo un momento en que se habló de organizar un congreso internacional fascista. Pero bien pronto se advirtió el aspecto contradictorio de tal iniciativa. El nacionalismo italiano no podía considerar seriamente una asamblea internacionalista, además desde "L'Impero" se reconoció que el fascismo era genuinamente italiano y que fuera de Italia no existía ningún movimiento igual.

Y aquí llegamos al punto de hacer una pregunta: ¿qué es el fascismo? Basta perfilar su fisonomía política y su origen histórico para comprender la singularidad de este fenómeno social que solicita la curiosa atención de todo el mundo.

Las gentes suponen que al fajismo se lo puede definir diciendo que es un movimiento conservador, reaccionario, de carácter burgués y nada más. Y no es así. El fascismo no es simplemente la reacción: tampoco es conservador en todos sus aspectos. Armando Borghi, el autor de "L'Italia tra due Crispi", puesto en la necesidad de sintetizar una definición del fascismo dijo en el congreso sindicalista libertario de Amsterdam que el fascismo era la reacción más el fascismo... Esta sutileza, aparentemente ilógica, encierra una gran verdad.

En efecto: el fascismo nace como un movimiento de reacción nacionalista frente al socialismo electoral y al Estado carcomido por los vicios llamados democráticos de la post guerra. En este momento inicial de su desarrollo recibe la ayuda del ejército, de la monarquía tambaleante, de los filantrópicos amenazados y de los ex sindicalistas divorciados del socialismo parlamentario y democrático. El fascismo entra en acción como partido cuando el socialismo embriagado por sus fáciles éxitos electorales y sin audacia para llevar a su última consecuencia revolucionaria el movimiento iniciado con la conquista de las fábricas, se entrega a las discusiones bizantinas, a las disputas internas, al desarme moral de sus elementos más activos. Recién cuando el movimiento subversivo languidece gracias a la ineptitud de sus dirigentes y a la habilidad "pacificadora" de Giolitti, aparece el fascismo apoyado por el ejército y la policía. Triunfa sin pelear; dispara su ímpetu heroico con pólvora sola, lo destruye todo en el orden político, asume el poder y la reacción termina, comienza un nuevo período. El fascismo se convierte bien pronto en subversión. Proclama el ocaso de la democracia y la muerte del Parlamento. Destruye al partido socialista pero se incorpora mucho elemento de socialismo. Se inspira en Sorel. Pero al mismo tiempo, en Roma, rodeado por los vestigios del antiguo imperio, quiere resucitar la doctrina de la fuerza, el sentido de la disciplina, exaltación espiritual de la violencia conquistadora. Inyecta así en el tronco de su ideología soreliana que es revolucionaria, los motivos históricos de la Roma imperial que estructuró el culto de la jerarquía que es en definitiva la expresión graduada del principio de autoridad. Todo esto bien puede llamarse la crisis del humanismo que ya comentó Ramiro de Maeztu, recordando a Hobbes.

El fascismo transforma la organización del Estado, incorpora a éste el sindicalismo en su doble expresión patronal y proletaria, así piensa arrancarle al socialismo tradicional el gran argumento de la lucha de clases, el gran motivo del socialismo; suprime el parlamento político reemplazándolo por otro técnico y económico, que no tiene soberanía ni libertad porque entonces se limitaría la autoridad suprema del Estado volviendo al antiguo liberalismo. Finalmente toma del catolicismo su odio cerval a la libertad de prensa, de cultos, de polémica y exige del ejército, de la magistratura, del profesorado y de las finanzas la más absoluta obsecuencia.

En Roma no hay parlamento, no hay diálogo, no hay ironía, no hay margen para la duda, porque para que haya todo esto hace falta libertad. Dentro del espíritu claustral fascista no caben ni los últimos resabios del liberalismo tradicional.

El Estado marca con el hierro y el fuego en el alma y en la mente de sus súbditos el emblema simbólico del "fascio littorio", el mismo emblema que los antiguos cónsules romanos impusieron durante la formación del gran imperio. Ayer los romanos lo impusieron al mundo; hoy el fascismo se lo impone a los italianos. Han variado las dimensiones geográficas de la conquista, pero no el sentido moral del fenómeno.

No se concibe el esplendor del espíritu imperial sin una absoluta renuncia del hombre a su dignidad humana, sin una gran fuerza estática de esclavitud. ¿Por qué brota el fascismo esclavista cuando se luchaba por amor a la libertad?

Las grandes convulsiones humanas dejan un triste "humus" de desequilibrio mental y emocional en el cual hunde sus raíces el desaliento. La guerra que ha sido una horrible tragedia infecunda y la revolución que ha saturado, fuera de Rusia, de impotente amargura el corazón de las clases humildes, prepararon en Europa el advenimiento de estas monstruosidades políticas.

Quien haya leído esa apasionada "peripecia intelectual" de Spengler, "La Decadencia de Occidente", advierte bien pronto con cuanta intensidad la cultura ha sentido vibrar en sus fibras las notas amargas del escepticismo que es, en definitiva, la filosofía del cansancio y de la desesperación puesta en sordina intelectual.

Contemplemos el hecho fascista como un espectáculo de inquietud humana, pero sin alejarlo del escenario donde se manifiesta. Las teorías sociales son abstracciones absolutas si las arrancamos de la realidad social que las condiciona. Por eso no hay posibilidad de trasplantes en política. No salió el fascismo fuera de Italia, no salió el bolchevismo fuera de Rusia y cuando se quiera saber lo qué es el liberalismo y lo qué es el Estado dominal y no dominante váyase a Inglaterra.

Luis Di. Fil. Pp.



VERSOS DE LA PAMPA

Orfenda

En tropel como los potros
te doy mis versos,
por bravíos y por erudos
potros también ellos.

Yo soy un salvaje, que se busca perdido
dentro de su misma propia inmensidad:
por eso tiene tanto mi canto de alarido.

Yo soy como un punto de referencia
plantado entre mi época y los siglos.

Yo soy un salvaje
que se vanagloria de su salvajismo.

Y canto porque sí,
por el por que de la calandria;
porque desde el fondo de mi ancestro gaucho,
Santos Vega me inspira
y Moreira me guarda.

¡Y por eso mi musa es de vincha y de melena
y por eso mis versos son con toda la barba!

ACOTACIONES

LAS BESTIAS HABLAN

Hace algún tiempo, Rodrigo Soria, citó un pasaje de la Biblia. Recordó aquella profecía de Jeremías o de Isaías o de Matafías que anuncia en "que llegará un momento que hasta las bestias hablen". Será tan crítica la situación del mundo que las bestias abrirán la boca para orientar al hombre. Fué una cita oportuna, porque en ese instante, acababa de hablar un militar, delatando la rapiña del petróleo y un diputado confesando el fracaso de la enseñanza oficial...

Ante estos dos hechos insólitos del militar y del diputado, Rodrigo Soria no dejó entrever que quizás había llegado el momento aquel en que hasta las bestias hablarían...

Nosotros, no creemos mayormente en los presagios de las Sagradas Escrituras, pero, esta vez, nos parece que el señor Jeremías o Isaías o Matafías, dió en el clavo. Porque después del diputado, habló un juez. Y después del juez, habló un senador por San Juan. Y a continuación, habló un cuñado de éste que también es senador. Y, por fin, habló "La Prensa".

"La Prensa", que ha vivido amordazada por los avisos desde que se fundó, muerta y sepultada, se levantó y habló también... Dijo que "las dictaduras son calamidades públicas evidentes que no necesitan demostración". Y que "el honor militar no consiste en poner la bota sobre las constituciones". "Eso es servidumbre". Y que cuando se implanta una dictadura el deber del soldado es "plegarse al pueblo para restablecer el imperio de las instituciones". Dijo y sigue diciendo todavía.

Convengamos en que todos aquellos a quienes creíamos muertos o enterrados en el barro, ahora, levantan la cabeza y hablan como los vivos... Y como "los limpios de corazón"... No son, precisamente, los profetas los que hablan. Son, por el contrario, todos aquellos a quienes se dirigió los profetas. Vale decir: los profetizados. La voz de los profetas tiene un valor abstracto. La voz de los profetizados, en cambio, un valor concreto. Porque, si bien los profetas gobiernan espiritualmente al mundo, prácticamente, gobiernan los otros. Por eso, volvemos a repetir, que cuando los que nosotros creíamos enemigos de la justicia como los jueces y los militares, se alzan y defienden la justicia, hay que creer que la época que anuncia la Biblia, ha llegado...

O MACACO QUE SE FEZ JORNALISTA

Así como existe "o macaco que se fez homme", según lo narra Monteiro Lobato, existe también otra clase de macaco, el macaco que se hizo periodista.

Un buen día el macaco periodista salió de Río de Janeiro y llegó a Buenos Aires, donde otros macacos le esperaban para macaquear fraternalmente los unos en portugués y los otros en español.

Hubo un banquete y entre nueces y bananas hubo discursos. El más inteligente de los macacos brasileños, el periodista Berilo Neves creyó llegado el momento de formular algunas declaraciones, algunas ideas propias y originales, quiso demostrarlas a los macacos argentinos que también en el

Brasil hay cultura y que cualquier brasileño podría ganarse aquí el primer premio nacional o municipal de literatura.

Dijo Berilo Neves, mientras todo el mundo abrió la boca asombrado: "La República Argentina alimenta con sus productos una gran parte del mundo; el pan con que se nutre el Brasil está amasado con trigo argentino, el alimento se transforma en células que son vida y cuerpo; y así como el trigo argentino se convierte en carne, también los ideales de nuestro pueblo, elaborados por vuestra prensa, han de hacer de América", etc. etc....

Al finalizar el discurso el señor Neves fué largamente aplaudido por los presentes. También los ausentes aplaudimos. Todo el mundo aplaude.

MONOPOLIO DE LA RAZON

Para los políticos, la única verdad, es que ellos tienen la verdad en el bolsillo. Cada fracción política habla de la fracción contraria en términos absolutos. Se ve que la teoría de la relatividad no les ha mellado el cráneo todavía. Se niegan recíprocamente, de punta a punta. De punta a punta se insultan y se envilecen. Nadie admite que se pueda llegar a descubrir la verdad por diferentes caminos. Hay un solo camino y ese camino es el que han tomado ellos. Lo demás: es demagogia o incertidumbre o frivolidad o tilingüería. Con negar la luz, sin embargo, la luz no se apaga. Los políticos proceden como los pugilistas: por eliminación. Se cuidan más de anular al contrario que de ejecutar los puntos de su programa, en el cual, jamás se incluye la derrota del enemigo. Proceden, en cierto modo, como los cambalacheros que tratan de desalojar a los cambalacheros de al lado desprestigiando su mercadería. Los altos principios que informan al comercio moderno, no obstante, podían servir de

ejemplo a la política moderna: que cada cual haga su negocio y que deje hacer el suyo al negociante de al lado. Para todos hay sitio en el parlamento. No es menester una "gata parida" para hacer saltar a los que están o a los que llegan...

Ahora bien. Si la política es una función noble, todos sus representantes, deben, sin duda, respirar nobleza. Pero, si la política, es la ciencia de los pícaros, no hay que suponer, entonces, que unos son excelentes y otros unos canallas. Esto, en lo que respecta a la moral del gremio. En lo que respecta a la razón: ¿por qué vamos a suponer que los rojos tienen razón siempre? ¿O los blancos? ¿O los amarillos? ¿O los negros? ¿Por qué vamos a suponer que la fórmula de un partido, aunque parezca superior a la de otro, sea por esto, la única fórmula para resolver un problema tan complejo como son los intereses públicos de una nación? ¿O es que negamos la infalibilidad del Papa para imponer la muestra?

EL CULTO DEL CORAJE

Florencio Sánchez decía que nosotros le rendíamos culto al coraje. Se ve que tenía un concepto bastante heroico de los criollos, porque vuelta a vuelta, en sus dramas, aparece algún gauchito pegando talerazos o algún retrógrado degollando con un cuchillo de mesa... Desde el punto de vista que nos enfocaba el dramaturgo uruguayo, en efecto, éramos y somos, inquestionablemente corajudos. Para encajar puñaladas o trompadas o patadas, sea dicho con toda modestia, no tenemos rivales ni competidores. Pero, este género de coraje o de heroísmo, a decir verdad, ni nos honra ni nos entusiasma. El valor físico, con la civilización, ha perdido todo su valor... Hoy, no podemos reputar una hazaña, la hazaña del negro Falucho, ni la de Facundo Quiroga,

que degollaba con la zurda cuando tenía enferma la derecha. Matar, es cosa fácil. Lo difícil, es no matar. Desde que se inventó la ametralladora, cualquier bruto puede limpiar una calle repleta de obreros. El valor físico, ahora, sólo engendra soldados del escudrón u otros tipos menores de delinquentes. En los tiempos de la independencia, en que todos eran más o menos bárbaros, se explica que el más bárbaro ocupara un lugar preponderante. Pero, hoy no tenemos por qué rendirle culto a semejantes hábitos de barbarie. Hoy, se necesita otra clase de coraje: el valor moral. Las luchas más extraordinarias de nuestra época las libra el pensamiento.

¡Lástima grande que aquel antiguo valor que tenían nuestros antepasados para manejar el faén y las boleadoras, no lo hayamos heredado nosotros, siquiera para manejar la pluma!...

RAMIRO DE MAEZTU, EMBAJADOR DE LA DICTADURA

Desde España amenazan con enviarnos a don Ramiro de Maeztu en calidad de Embajador. La designación del publicista español produjo aquí cierto movimiento de simpatía hasta en cierta prensa vespertina que se hace llamar popular democrática. Ramiro de Maeztu pertenece a la clase intelectual. Vive de la pluma, de lo que produce como escritor. Comenzó siendo escritor de izquierda, ahora es escritor de la derecha. Plutarco diría: como flautista de la tiranía. Cree en la barbarie bol-

cheviqui y en la civilización fascista. Cree que España está en condiciones de civilizar a los moros; cree que la libertad es un lujo innecesario; cree que más vale morirse con disciplina que vivir sin ella.

Una vez, no hace mucho, fué a Lisboa. Allí los polizontes lusitanos le mostraron un documento tremebundo que lo hicieron zozobrar a Maeztu; allí, en Lisboa, descubrió que la República Argentina estaba socavada por una vasta organización subterránea (no la del Anglo) comunista-anárquica-bolcheviqui. Inmediatamente se lo comunicó a "La Prensa" por intermedio de varios artículos que cobró a buen precio. ¿Qué habrá encontrado Maeztu en Lisboa? Un folleto, un pequeño folleto de pocas páginas, que circuló profusamente en el país durante la campaña de organización obrera agraria. Este folleto fantástico se repartía gratis en todo el país y no había "linghera" que no lo llevase en el fondo de su bolsa como un nuevo catecismo. Ese folleto humilde, ya olvidado, lo descubrió y resucitó Maeztu en Lisboa casi un decenio después de haber aparecido. Para nosotros es una cosa nueva. Un recuerdo amable de un cuarto de hora emocional que ya pasó; para Maeztu no, son ideas fantasmales que inquietan el ánimo, voces que remueven, cosas que vendrán. Maeztu se cree en la necesidad de avisarle a la policía argentina que tenga mucho ojo.

Si viene ahora Maeztu llega a tiempo; sería el candidato ideal para reemplazar a Santiago mortalmente herido por su traidor amigo Rosendo Antía.



Junto al Fogón

Por Francisco Bó

La leña crepita y chisporrotea mientras la llama del fogón envuelve el vientre ennegrecido de la pava. La carne se va chamuscando, paulatinamente, enganchada en la cruz del asador. Las gotas de grasa caen sobre los troncos encendidos y llenan de humo acre y espeso todo el ambiente de la cocina campera. Un apesotado candil se esfuerza inútilmente en lanzar débiles y amarillentos lampos cada vez que el fuego disminuye su intensidad. Los cuatro rincones de la cocina permanecen a oscuras. Allí se apeñuscan las sombras de la noche, borrando, con pinceladas informes, las paredes, los objetos y los seres, y reduciendo todo en un plano único y gris.

Afuera, cae una fría llovizna. El pampero sopla infatigablemente a lo largo de la llanura. A su paso, trepidan las tejas del techo y las tacuaras del mojinete silban un lígubre quejido.

Los peones retrasados van llegando.

— Buenas noches a la compañía... — exclaman, canturreando, mientras se dirigen a ocupar sus asientos.

Y los que ya están, contestan, ritualmente, uno tras otro:

— Buenas...

— Buenas...

— Buenas...

— El viento moja — afirma alguien arrebujándose en un poncho.

— Así parece... — asiente un segundo, taconando fuerte para desentumecer sus pies ateridos.

Y la rueda, al tibia calor que adormece, guarda inmediatamente un silencio de expectativa.

El eñío frunció del mayordomo, quien accedió a hacer "honor" a la cena de los peones, está ahí, vigilante, aplacando toda expansión, incluso aquella que aun pudiera haber dejado la ruda jornada. Los rostros curtidos, rugosos, tostados por las faenas agrestes, casi todos envejecidos prematuramente, tienen la muda rigidez de las estatuas. Sólo las pupilas brillan siguiendo el conjuro de las llamas. Sobre el asador, parece reconcentrarse, con una expresión indefinible, la aspiración suprema de sus vidas.

De pronto, dice, el cocinero:

— Ya está, don Blas...

Y el tonto del asador en peso, lo clava sobre el piso de tierra, cerca del mayordomo, bridándole más tarde, con el gesto, el mejor trozo.

Empieza la comida. Por largos instantes sólo se ve relucir cuchillos que cortan su parte y sólo se oye el ruido de infinidad de mandíbulas que mastican con avidez. Las duras galletas estallan como tiros y la pava empieza a soplar por su piec un blanco y rumoroso vapor.

Los perros, que atisaban desde la puerta, se han lanzado afuera, agueridos, y ladran con insistencia. El cocinero, entonces, se asoma a indagar.

— ¡Quién es! — pregunta.

Y una vez débil, murmura, tímidamente:

— ¡Ave María!...

— Es un peon todo mojado... — explica, volviendo, el cocinero.

—¡Siempre han de cair en lo mejor! — exclama el capataz con acrimonia.

—Güeno... que pase — ordena don Blas.

Todas las miradas convergen inquisidoras hacia la eseuálida figura que traspone el umbral. Es un hombre delgado hasta quebrarse. Trae cubiertas las espaldas por una arpillera empapada y un pantalón adherido a sus piernas horriblemente flacas. Sus pies son dos plastones de barro informe y tiene en los ojos una expresión de bestia acorralada. Parece, así, tocado por un sombrero pringoso y destilando agua y barro, la imagen viviente de alguna pesadilla.

El mayordomo lo mide, de arriba abajo, con una sola mirada. En seguida, lo anonada con un granizo de preguntas:

—¿De dónde viene?... ¡A dónde va?... ¡Qué anda haciendo?... ¡De qué se ocupa!...

—Sinior... — balbucea el desconocido y se detiene. Luego, quiere explicar algo que no explica.

—La cosecha — añade — fuí mala al Este... Nos ha decado in la miserias...

—¿Quién le priegunta eso? — interrumpe el mayordomo — ¿De qué trabaja, digo? ¡Eh! ¡Hable, pues!

—No trabaja ahora, sinior... No hay trabaja...

—¡P' a los haraganes n' uay! — tercia, a media voz, el capataz, poniendo una faz sombría.

El recién llegado, a invitación del cocinero, se sienta tímidamente en el suelo y coge una pequeña ración de carne. Todos mastiean, ahora, en silencio, temiendo que la ira de los jefes pueda despertar al menor ruido. El capataz, que observa al desconocido a hurtadillas, igual que todos, exclama, de pronto, congestionado:

—¡Ahí juna! ¡Esto es de nuestra marca, recontra!

Y con un violento manotón arranca al mísero la arpillera que cubre sus hombros.

—¡Vea usted, don Blas, si miento! — agrega, enseñándole la bolsa.

—¡Caray! — profiere el jefe, y se encara con el peon que lo mira pleplejo. — ¿Dónde las robastes? ¡Eh? Decí: ¡dónde las robastes? ¡Hablá!... ¡Dónde?

—Yo no roba, sinior... — exclama el aludido, espantado, tratando de cubrir sus flacos brazos que asoman por las deshechas mangas de la camiseta. — Yo no roba... Mi la dieron in la esquina...

—¡En la esquina!... ¡Hum!... ¡Habría que verlo!

Y con un gesto de profundo desprecio le arroja el lienzo en la cara.

El desconocido lo recoge cubriendo de nuevo sus amoratadas espaldas. Entre el silencio que ha vuelto a reinar, se oyen distintas estas palabras, que rematan un rezongo:

—¡Qué entuavía haiga ladrones! ¡De ser gobierno los mataría a cintarzas a estos sotretas!

Arrinconado junto a la pared, como acuciado por la mirada de todos, cohibido, sin atreverse a levantar la cabeza, el desconocido, conserva entre sus dedos temblorosos, la piltrafa de carne chamuscada que no atina a llevarse a la boca.

—Usted no ha de ser argentino... — insinúa maliciosamente el cocinero — ¿No?

Y el interrogado, con voz que suena a claudicación dolorosa, cual si confesase una falta irreparable, murmura:

—Estoy ruso... de...

—¿Ruso?... ¡Ja, ja, ja!... — interrumpe el mayordomo, arrojándole en ese idioma, una mal aprendida obscenidad. Entonces, como obedeciendo a una orden, rie la peonada a coro, estupidamente, sosteniéndose el vientre con las manos para atenuar los espasmos de la convulsión.

La risa glacial, venenosa, brutalmente maligna, recorre los oscuros rincones de aquella tapera, envolviendo al desventurado paria en su fraternal oprobio.

El ruso parece no advertir la afrenta. Sus ojos fingen seguir las llamas que juguetean en el fogón.

Afuera, el pampero, continúa agitando su infernal zarabanda. Sobre el techo se mueven sordamente las tejas y silban las tacuaras. La hacienda muge a lo lejos con su voz prolifera. Y en la noche, desolada y fría, ese mugido parece un canto de ricas promesas para la tierra fecunda...

El ruso, olvidado ahora en la conversación general, apoyó la cabeza entre sus manos y los codos sobre las rodillas. El humeante candil proyecta su arqueada silueta a lo largo de la pared. Se diría que al calor del fogón meditate en silencio... Pero, un ronco suspiro delata que al paria miserable lo ha rendido el sueño, un sueño de dolores y de fatigas, de angustias y desesperanzas que aun de despertar al otro día, quizás, ha de acompañarlo, como una pesadilla, hasta la muerte.

Francisco Bo.



LO QUE SIGNIFICA LA PROPUESTA DE LITVINOFF

Por MARIANO DE CHAIDE

Litvinoff vino de Moscú a Ginebra, para proponer en la Asamblea de las Naciones, que se arrasara de las fábricas y talleres que de armamentos, que se destruyeran todos los pertrechos de guerra existentes, salvo los imprescindibles para la policía interior de cada país, y que no se den más patentes a las invenciones hechas con delirio de belicosa y desdichado mortífero. De esta manera propone Rusia establecer la paz en el mundo. Pero el mundo ha juzgado de varios modos esta propuesta. En el mundo son tan diferentes las opiniones como las intenciones. Los que quisieran que haya guerra, porque nada ganan con que haya paz, antes pierden, y ven esto claro, son de opinión que, en efecto, el mejor medio de que no haya guerra, es que no haya más naciones en armas. Otros hay a quienes la paz les conviene en realidad, pero no lo ven claro; y por no ver cuanto les conviene, tachan de absurda la propuesta de Litvinoff. Pero esta propuesta no es absurda; porque si en el mundo han florecido y prosperado civilizaciones y culturas, por varios siglos, y luego se han enteras, por causas que a nadie parecían absurdas que esto haya sucedido, ¿por qué va a ser absurdo el que desaparezca un mero régimen de existencia armigera, cuando es sólo un aspecto, y una costumbre de una civilización, sin llegar siquiera a ser una necesidad fatal de esta civilización? Y más por cuanto este aspecto y esta costumbre de esta civilización, como no sean eliminados, van a eliminar a esta misma civilización y cultura. Los que no ven esto son los principales usufructuarios de esta civilización: los dueños de los estados y civilización; los dueños de los estados y civilización; ellos, por claros, perderán a la riqueza; ellos, por claros, perderán a su dominio y su riqueza, en medio de un mar de sangre y de luchas, y hasta la vida, como no vean a tiempo cuando les conviene la paz.

No es, pues, absurda la propuesta de Litvinoff—

Litvinoff—

Pero, hay quien afirma no haberla tomado en serio, ni el propio Litvinoff. Examinemos esto.

No la han tomado en serio los partidarios de la guerra (que ya sabemos que son pocos); unos por natural aberración belicosa, otros por sujeción venal a los negociantes de armas, otros por creer que con las armas se salva la burguesía y este estado social de ahora. Por ejemplo, quien más ha gritado y ha hecho befa de la propuesta de

Litvinoff ha sido Inglaterra con sus diários y sus políticos. Inglaterra es quien aquí debe ser considerada ante todo; porque es el país con mayores intereses económicos e imperiales distribuidos por nóminas e imperiales distribuidos por nóminas e imperiales. Los problemas de Inglaterra son los de todos los otros países, con más muchos otros que los otros países no tienen. Es, pues, Inglaterra, el más amplio ejemplo para examinar en este caso. ¿Por qué no quiere Inglaterra estar armada para mantener su imperio colonial. Más no para mantener a Australia, ni al Canadá en el Commonwealth; porque estos países son, en rigor, independientes, y son estos en que gleses con legal espíritu en el fondo, que de Inglaterra misma, sino para mantener bajo la ley británica a la India, las factorías chinas y demás islas y colonias de Asia y de África. Hoy un puñado de ingleses guardan el dominio de la India. Pero espaldas de este puñado de ingleses están los acorazados de Gran Bretaña, que surcan todos los mares y se hallan por doquier.

Contra estos acorazados cargados de soldados y de marineros armados en guerra, es contra quien no se atreve a alzarse nadie en la India ni en otra parte. Los príncipes de la India pudieran exterminar fácilmente a los pocos ingleses de la India. Pero luego vendría el castigo.

Quando Inglaterra no tuviese su gran flota de guerra ni su gran ejército de mar, no sería temida en la India; se acabaría este imperio.

Francia, como no tiene tamaño flota de guerra, ha de tener en pie de guerra grandes ejércitos coloniales, que son los mayores del mundo.

Pero, dicho sea de pasada—

¿Qué es preferible para la India? ¿Que dominen los ingleses, los maharajas o los Gandhi? Esta es una cuestión mucho más compleja de lo que parece. Descartemos a los maharajas: son aliados de Inglaterra, por miedo o por lo que sea. Gandhi es un revolucionario hindú, pero es un retrogrado; abomina de ciertos principios técnicos, los que permiten materialmente prosperar a las naciones civilizadas, aunque no constituyan principios esenciales de cultura. Por esto, entre Inglaterra y los maharajas y Gandhi, no preferimos a ninguno de ellos. Los hindúes deben, por ahora, ser tutelados. Hay para los pueblos períodos de tutelaje como hay períodos de libertad.

La civilización occidental tiene en sus recursos técnicos, ciertas posibilidades de equilibrio económico y de justicia social, como no las ofrecería, evidentemente, una civilización propuesta por Gandhi. Gandhi traería a los hindúes a algún vicio fanatismo místico. Su intención es generosa, y él es un gran hombre; pero su tolosianismo sólo puede ser admitido como un principio de conducta individual, no como un principio de civilización nacional. Si Inglaterra, con ser imperialista, fuese civilizadora, quedaría más justificada. Pero el inglés es un amo colonial, no un civilizador. Más civilizadora ha sido España que Inglaterra. Inglaterra ha poblado de ingleses sus colonias y mantenido en degradación a los indígenas, sin educarlos en la ley y en los hábitos ingleses; mientras que España, aunque fué tan cruel, incorporó a los indígenas a su civilización en cuanto pudo. Con procedimientos fanáticos y bellacos; pero los civilizó. Cosa que jamás ha hecho Inglaterra con ninguno de sus pueblos conquistados. Ningún hindú, por ejemplo, en la Costa América se sienten letofos de la gente hispana y dicen que pertenecen a la civilización latina... Rusia, que no está más que civilizada, aunque lo está mucho más que la Argentina (que es un pueblo civilizador; los monjeos, tibetanos, kurdos, tártaros, chinos, turquestanos, etc., todos se sienten tan rusos como Lenin, y están adaptados a la vida civil y a los ideales de Rusia. Rusia es el amo que va a suceder a Inglaterra en Asia, pero tanto de un amo. Un director espiritual y técnico más que un tutor. Ya lo es en la China. Lo será en la India. Es lo que Inglaterra sabe y teme. Rusia, en un mundo sin armas, es más fuerte que todo el mundo. Porque en todo el mundo, tanto de todos los pueblos, tiene muchedumbres de pueblo y muchos intelectuales de su partido. Quando Litvinoff propuso el desarme mundial, sabía lo que proponía. Si se lo aceptáramos, lo que él no esperaba — el bolchevismo — se extendería por todo el mundo. Porque la vileza y la cobardía de los pueblos y en especial de los pobres es quien retardará la revolución social en todos los países.

Domina el miedo—

A los ejércitos, formados de hijos de pobres, los que viven ejercitándose para defender, cuando sea necesario, a los ricos contra los pobres, y exterminar así a sus propios padres y hermanos, para que subsista el poder de los amos.

El miedo y esta vileza de la plebe universal mantienen el estado actual de la sociedad. Cuando se acaben los ejércitos y las armas, entonces, los envidiosos, los

rencorosos, los turbulentos, los bellacos, los hambrientos de venganza y los sedientos de justicia, de buenos y los malos, todos juntos, desechada su coherencia, se abalarán a ejecutar el gran despojo social y si hubiere algunos directores inteligentes, que sepan aprovechar y encauzar estas maras, como los hubo en Rusia, se caerá en la anarquía y barbarie civil. Serían los primeros resultados de un desarme en todo el mundo. Pero los pueblos próceros, los franceses, los alemanes, los ingleses, los rusos, no se moverían al cabo a los demás: una gran federación de pueblos seguiría muy presto al desarme; y los más civilizados y cultos aliviarían y repararían la anarquía y desconcierto entre los menos aptos. Estas son las perspectivas de un desarme de todo el mundo. Rusia sería quien venciese sobre todos.

Véase si sabía o no lo que hacía Litvinoff con su propuesta. Inglaterra también sabía lo que hacía cuando se alzó furiosa contra la propuesta rusa. Si en el mundo, lo que se está ventilando ahora (y el pleito durará los próximos años), es la primacía de Rusia o de Inglaterra, depende de todo el mundo. Pero la suerte de Inglaterra depende de los Estados Unidos, y los Estados Unidos no van a ayudar a Inglaterra a salvarse. Tendrá que hacerlo ella sola. Con los Estados Unidos estará cada día más a mal por la rivalidad petrolera. Y demasiado tienen que hacer los Estados Unidos en consolidar su imperio sobre Centro y Sud América: para esto ya comienzan a intentar grandes vuedos militares a Sud América, y a modo de ensayo sus escuadrillas aéreas llegan hasta Buenos Aires, y se proyecta un gran camino que atraviese a todo el continente, corriéndose por el espizano de los Andes; de manera que cuando sene la hora bélica, tengan ya el camino por donde lanzar sus tropas, por toda Sud América hasta Chile y Argentina; que es el sistema romano perfeccionado.

Desconfianza recíproca—

El Japón no va tampoco a estar por Inglaterra en ningún conflicto, a esta condición, porque no va a querer perderlo todo en la China. Y como la China comience a desarrollar una actividad de potencia organizada, se habrá acabado por allá el predominio del japon. En todo esto siempre se involucra quien lleva las de perder. Y principalmente, como se ve, por causa de Rusia. Porque toda la política de Asia está de terminada por Rusia y es sufrida por Inglaterra. Y en la política de Asia se está entendiendo la futura suerte del mundo. Y será esta la que se quiera Rusia o la que quiera Inglaterra, según sea el jefe Rusia o Inglaterra en el mundo. Si

hubiese desarme, ya se ha visto como triunfaría Rusia: el bolcheviquismo, o la anarquía, según los países, se instalarían en el mundo. Pero pues, la propuesta de Litvinoff ha sido rechazada con bafa e irritación por parte de Inglaterra y los demás países: con esto, todos los que en el mundo son, burgueses o no, han comprendido ahora bien a las claras cómo no hay que esperar el desarme. Todavía quedan algunos o tontos o hipócritas, que se atreven a decir esta simpleza: habrá desarme cuando primero haya seguridad. Pero, si no hay seguridad, es precisamente porque están allí las armas para quitarla. Mac Donald es de estos simples, y su proposición equivale a decir: cuando se acaben las gallinas no habrá más huevos. Pero, entre tanto, como nadie quiere acabar con los huevos siempre saldrán nuevas gallinas. Todo el mundo ha comprendido ahora, que medio mundo desconfía del otro medio. Esta es la seguridad. Por esto nadie quiere desarmarse. La propuesta de Litvinoff, con el escándalo que ha armado, ha delatado justamente esta desconfianza y recelo de unos Estados para con otros. Ni entre los aliados se confían un adarme. Nadie fía sino en las armas propias. Después de tanta habladuría pacifista en Ginebra, viene Litvinoff y hace que todos los Estados descubran su juego. Estaban engañando al mundo y querían engañarse unos a otros; y, en rigor, nadie se engañaba: todos eran tiburones, y las fulleras de los unos, eran contrainformadas por las fulleras de los otros. Lo sabemos ahora gracias al bluff de Litvinoff. Este bluff ha sido un magistral golpe de Estado.

Lo que nos espera—

Nadie duda ya de que como sigan de esta manera las cosas, con tantos armamentos, y tantas engañas, se parará en una nueva guerra. Rusia lo que ha hecho es revelar cómo todos los Estados se recelaban y se acaban entre sí. Así, en cierto modo, ha abierto una vía para que se hunda Europa en otra guerra. Es verdad. Pero ello es que a Rusia para llegar a dominar le conviene o el desarme universal o la guerra universal. Ya he dicho lo que pasará con el desarme. Pero como no va a haber desarme, diré lo que pasará con una nueva guerra: y es que sobrevendrá en unos países, el caos o la anarquía, y en

otros, el bolcheviquismo. Esto no necesito demostrarlo yo, porque ya lo ha demostrado Ferrero y lo ha dicho bien acudidamente Lloyd George. La próxima guerra mundial, determinará la bolchevización acelerada del mundo entero, con excepción de los EE. UU. de Norte América. A poco de esto se establecerán los E. Unidos de Europa, bajo un régimen de democracia económica bolchevique. Después de lo cual se hundirán los E. Unidos de N. A., bajo la presión de la Europa y Asia bolchevique. Si hubiese guerra, parte de Sud América, que para entonces habría caído el bolcheviquismo francés como cayó la revolución francesa, estaría en la guerra contra los E. Unidos de N. América. Cosa natural, porque de su interés, la arrastraría a esta guerra, su odio contra el yanqui.

En suma—

Litvinoff, con su propuesta ha insinuado, para los que saben ver, una perspectiva del futuro social del nuevo mundo; ha confirmado que del resultado de este duelo entre Rusia y Gran Bretaña depende la suerte del mundo. Y a mí me ha hecho pensar en esta conclusión objetiva cuya ingenuidad es del todo ajena a mi simpatía o antipatía: que si hay desarme triunfará el bolcheviquismo en el mundo, y si no hay desarme habrá otra guerra, fatalmente, y tras de la guerra, fatalmente, triunfará el bolcheviquismo en el mundo: porque entonces los pueblos, revoltados por tamaña carnicería y miseria, desesperados de sus jefes políticos y de sus amos económicos, querrán acudir a algún gran remedio: como se hace en las ocasiones supremas; y como ya todas partes y todo este tiempo habrán oído predicar que el gran remedio está en el bolcheviquismo, lo probarán, por no tener otro a mano, sea o no el bolcheviquismo el remedio para el caso. Litvinoff, como sabía que no iban a admitir su propuesta de desarme, sabía que por lo mismo haría así pensar a todos en la fatalidad de la próxima guerra; y sabía que en todos dejaría la convicción más o menos vaga de un fatal triunfo bolchevique, al cual ayudarán el tiempo y los hombres, principalmente los tiempos bélicos y los hombres bellicosos. En final de cuentas, los factores que se crean ser antibolcheviques por definición, serán de los más eficaces colaboradores en el advenimiento del bolcheviquismo.

DEL "REPERTORIO AMERICANO"

Por JOSE VASCONCELOS

Por allí andan ya voces guatemaltecas pidiendo que se acabe de extinguir en Guatemala el cabrerismo; las nuevas generaciones de Guatemala quieren ejercer el voto y quieren hacerse cargo del poder. No se resignan a ver que el derrocamiento de Estrada Cabrera no haya traído verdaderos cambios ni de personas, ni en muchos casos de sistemas. Quizás ando resbalando por un terreno en que no quería caer; pero es que tengo en la memoria las palabras de un reciente artículo de Asturias, el joven político y escritor de Guatemala muy conocido entre nosotros. El y otros con él, comienzan a dar expresión a la nueva Guatemala. Ni tiranías ni privilegios. Trabajo justamente remunerado y libertad hasta para derrocharla: eso parecen decir los jóvenes de Centro América, por lo menos aquellos jóvenes que no han vendido tempranamente sus convicciones a ninguno de los factionalismos personalistas que son azote de nuestra América.

También la generación nueva del Salvador está de acuerdo en que el gobierno de un pueblo no es asunto de familia ni puede subordinarse a los intereses de un grupo capitalista. El Estado no es una gran hacienda que el propietario maneja y explota, sino un interés moral y una empresa colectiva a la cual deben subordinarse todas las haciendas. Un latifundista solo es ya una calamidad; pero un latifundista presidente es como el retroceso a Moctezuma.

A su vez, los políticos hondureños, sin duda, habrán reconocido ya para estas fechas que matar a un ciudadano de Honduras es tanto como adelantarse a la obra del imperialismo. Porque uno de los propósitos del imperialismo es limpiar de toda nuestra raza inferior, todos los ricos territorios que hoy ocupan nuestras nacionalidades, para ocuparlos con la raza mejor que los imperialistas procrean; tal es uno de los puntos del programa imperialista. Y nosotros lo cumplimos desde antes de que nos llegue la conquista, porque la pasión política nos ciega y no respetamos el derecho de nuestros semejantes.

La raza que comienza, por empeñarse en su propia destrucción, ¿cómo podrá librarse de la destrucción que le preparan sus rivales?

A Centro América, lástima que no podamos los mexicanos, vuestros hermanos decirnos: ¡Haced como nosotros! Sólo podemos decirnos: recordad que la raza americana, que también es vuestra raza, produjo un Madero. Y el pueblo mexicano todavía no se arranca del corazón a Francisco Madero. Entretanto, mientras no seamos dignos de ser oídos en consejo, volved la vista hacia la hermana menor que es Costa Rica.

La patria se defiende como la defiende Costa Rica: haciendo de cada habitante un hombre libre y un ciudadano. La patria se pierde cuando le nacen caudillos. Se salva cuando cada ciudadano encarna a la patria en su corazón.

La independencia no se asegura con actitudes: se garantiza con prácticas. Desconfiad de los gestos que suelen ser la mueca de una derrota merecida. El ideal no se define con gestos, se construye con obras.

J. Vasconcelos

ORACION A LA POBREZA

Por FEDERICO A. GUTIERREZ



*En la lluvia que cae, en el viento que pasa,
en la sombra, que tiene silencios sugestivos,
hay una maldición para esta pobre casa
que parece un sepulcro de cadáveres vivos..*

*El pobre, ante la ley y ante la religión,
si mata, es asesino y si roba, ladrón...*

*¡Ah, qué triste es ser pobre! No hay ninguna tristeza
como la de ser pobre... ¡Yo no sé adónde van
todos esos que viven muriendo en la pobreza,
los que no tienen techo, los que no tienen pan!...*

*Donde está la pobreza, como un ángel custodio,
esgrime su estilete ensangrentado el odio...*

*En la vida del pobre, todos han de ser yerros,
el nacer y el morir... ¡hasta el mismo dolor!...
porque de la pobreza huyen hasta los perros,
como de una carroña que tiene mal olor...*

*La pobreza es estéril como el grano de sal...
la pobreza es la madre putativa del mal*

II

*Yo sé cómo se cae... Porque he sufrido tanto,
no condeno a los pobres que delinquen... Yo sé
que en la abundancia es fácil hacer vida de santo...
¡los que viven del culto, son los que hablan de fe!...*

*¿Con qué derecho gozan de la vida esos seres
que no amasaron nunca su pan? ¿Con qué derecho
nos hablan de honradez, entre golpes de pecho,
los viles mercaderes?...*

*Ladrón, tienes razón. En la tierra, no hay nada
que imponga como ley la injusticia... Jesús
dijo que la riqueza tampoco era sagrada...
¡por eso, todavía, lo tienen en la cruz!...*

*Matar, robar. El crimen es ley, cuando castiga;
el robo es un derecho, cuando es expropiación...
¡en la bondad del pobre, que trabaja y mendiga,
ajirna sus cimientos la civilización!...*

*Yo, que nunca he matado; yo, que nunca he robado;
yo, dos veces sincero, por pobre y por honrado,
te digo, con la mano puesta en el corazón:
¡asesino a-ladrón, tienes mucha razón!...*

Fed. A. Gutierrez





DRAMATURGIA



CABEZAS DESALQUILADAS

El actor nuestro, posee, como se ha dicho, muy poca cultura. Poca o nada. Hay quien apenas sabe distinguir la jota de la ege y se hace leer el papel por su señora. Quien dice traste por trasto, casata por casaca y encenar por escenar. Es cierto que el actor que sirve a nuestro actor no tiene nada que envidiarle en lo que a conocimientos se refiere. Si el uno dice laranja, el otro, dice, indefectiblemente mañana. Pero, ya se sabe que un clavo no saca a otro clavo. Lejos de lo que habíamos asegurado hasta ahora: se quedan los dos. Lo más triste de este asunto es que no se puede hablar de uno sin inclinar al otro. Y viceversa. Porque los dos han sido generados en la misma incubadora. Nacieron simultáneamente en el río de la Plata. Se criaron en el mismo ambiente y contrajeron idénticos defectos y gustos semejantes. Aunque el autor abomina de la ignorancia del actor, en líneas generales, el abominador se halla en el mismo plano intelectual que el abominado. No sólo la ignorancia es recíproca. También es recíproca la decadencia. El nivel del teatro nacional ha descendido, tanto en la interpretación, como en la concepción. Si el actor no estuviera a la misma altura que el autor, se negaría a interpretar la mayoría de las obras que comúnmente representa. Y si el autor fuera un escritor consciente no entregaría su labor a una de esas "tropas" comunes que se especializan en despedazar las obras. Hay infinidad de lazos que ligan entre sí a intérpretes y productores. Ambos se pasan la vida en el café y ninguno de los dos lee. No ya

en francés o en italiano donde la producción escénica es tan rica, sino en el idioma que dominan o que los domina: el castellano. A lo sumo: hojean los diarios a ver si se dice algo de ellos.

Sin embargo, la falta de cultura y de información malogra parcialmente el desarrollo de la personalidad. Un actor sin cultura, por más pasta de actor que tenga, no podrá nunca ser un actor completo. Otro tanto puede decirse de un autor. Por más condiciones naturales que posea un artista si no las desarrolla, es como si no las tuviese. El cerebro es como la tierra: hay que remover sus entrañas y plantar semillas para que fructifique. Una inteligencia sin información se parece mucho a un terreno baldío o a una casa desalquilada.

La cultura es el alimento necesario del espíritu. Quién no la adquiere está condenado a morir paulatinamente de hambre. El alma de un hombre no muere el mismo día que muere el cuerpo. Por lo regular, el alma fallece mucho antes. Existen artistas vigorosos que se inician espléndidamente y que luego empiezan a declinar por muchas causas, una de las cuales, es, sin disputa, la falta de cultura. Así como el alimento material nutre el cuerpo, el alimento espiritual nutre la inteligencia. Un espíritu mal alimentado es como un cuerpo desnutrido: un terreno propicio para la tuberculosis. Hay tuberculosis de las entrañas y tuberculosis de las ideas. Ambas son el resultado del pauperismo. Pauperismo del estómago o de la cabeza.

Aunque el actor carece ordinariamente de cultura, y, a veces, de capacidad para adquirirla, hay, no obstante, actores bastante cultos, particularmente entre los extranjeros... Es tan

raro andar con un libro a cuestas en el teatro que cuando algún actor se pone a leer en su camarín, la noticia trasciende hasta la concha del apuntador. En ciertas compañías, a quien lee, se lo mira como a un fenómeno.

Fuera de su papel, el actor no lee más nada. Y dado que su papel ("Tu cuna fué un conventillo", "¿Percauta que me amurastes?", "¡Alojale que colea!"), no es el más adecuado para elevar su espíritu ni el espíritu de nadie, el hombre decae y desaparece pronto. En vez de ir aumentando su caudal psíquico, con semejanza literaria, lo disminuye. Describe, generalmente, una trayectoria inversa. Cada día que pasa, en vez de ganar algo, pierde alguna cosa. Sale con el corazón lleno de entusiasmo y regresa con el cráneo vacío. Cuando termina su carrera se encuentra sólo con su ignorancia en el desierto de su alma.

Nosotros queremos empezar por el final, que es la renovación, y debemos, lógicamente, empezar por el principio que es la instrucción.

Es cierto, también, que las condiciones de trabajo no le permiten distraer ningún tiempo en el estudio. Pero, no es menos cierto que así como el medio influye sobre el individuo, el individuo, a su vez, influye sobre el medio. Y las condiciones de trabajo de un gremio son la resultante de su cultura. Y los nudos gordianos se desatan de un solo tajo con una espada cuando se es un Alejandro.

EL RUIDITO MUSICAL

El que más, el que menos, en el teatro, sufre el influjo pernicioso de las palabras sonoras. Hay en esto, tal vez, una atracción musical. Elementalmente musical. La atracción del ruido... Conviene saber que semejante influjo, se nota en mayor o menor grado, asimismo, en todos los campos de la imaginación... El ruido encanta y de-

leita a los poetas, lo mismo que a los actores y a los médicos. La medicina está plagada de ruiditos. Ningún médico sabe escribir con sencillez y sin armar escándalo. La práctica nefasta de pergeñar todos los días recetas, les arruina a los facultativos la facultad literaria de concebir con claridad y con limpieza... La literatura médica y quirúrgica es, en tal sentido, muy apropiada para el bombardeo. En cualquier tratado de esta índole se ve siempre la caña que anda a la pesca de las esdrújulas. Vuelta a vuelta se le retuerce allí el cogote al diccionario y se le hace vomitar expresiones fenomenales como otrrinolarinología o gastroenterostomiatransmesocólica.

La llamada nueva sensibilidad, es, quizás, quien ha sacado mayor provecho del ruido. Si se suprimiera el ruido, el canto y la melopea, la nueva sensibilidad, desaparecería. O sufriría una notable merma.

Huelga decir que la palabra por la palabra, carece de valor. La linda facha de un término no lo autoriza a meterse sin pedir permiso en una oración. El valor radica en su significado y el significado no tiene ninguna relación con el barullo que la palabra produce. Tomar la pronunciación por la significación es como tomar el rábano por las hojas. El hecho de que un término suene bien, no significa que lo encajemos aquí o allí, venga o no venga al caso, que eso es lo que hace la nueva sensibilidad. Generalmente, se trata de llenar el vacío de las ideas, con la charanga celestial de las palabras bonitas. A falta de colores naturales, quien no los tiene, se pintarraja la cara. La palabra vale cuando representa algo. Pero, cuando se la ubica "pour la galerie", pierde su valor y su representación y estorba. A veces, se recita tales o cuales versos porque en ellos hay tales o cuales palabras y a veces se los construye para intercalar tales o cuales vocablos. Ejemplo de esto último, es la poesía andina que hacen ciertos poetas

del interior y la poesía macarrónica que hacen los poetas de la capital.

Claro está que si las palabras no produjesen ningún sonido, nadie las utilizaría... Pero, de aquí a confundir la musiquita con el significado y el oficio de la palabra, existe una diferencia sensible... Se ha dicho mil veces que la belleza no radica en la forma de la expresión, sino en el contenido. Y mil veces se ha repetido que la belleza está por encima de las palabras y de la letra escrita y que se desprende de las páginas como un aliento. Pero, no se trata, aquí, de la belleza. Se trata de algo subalterno y elemental como es la precisión del lenguaje. O la sensatez. Porque emplear una palabra por otra, o emplearla porque suena bien, no es función de artistas, sino, más bien, función de fonógrafos y papagayos.

LA METRALLA

El ruidito es inofensivo e inocente. El poeta queda sumamente satisfecho si después de pasarse varias noches de claro en claro y varios días de turbio en turbio, logra modelar dos estrofas "sifiliticas", como aquellas de "tus carnes lunariantes tienen el palor de los nardos". O si consigue plasmar en "el pentélico mármol" de una página una frase como "espelunca coruscante", o si llega a descubrir que "el chivo, semidiós polígamo, cantaridiza a sus esposas morgánaticas". También se regodea con la pajita o con la piedrita o con el pajarito. O se entusiasma con "los burritos que hacen pis, atrás de las parvas de maíz". Esto, no es más que la nota baja de la sugestión fonética y revela, como decimos, el candor palúdico de las almas lunariantes. Luego, viene la nota alta. O sea: la metralla verbal. El actor gusta como ninguno de las palabras "sifiliticas" y tremeundas. Y se desvive por todos aquellos vocablos que sacan

chispas como "rayos y centellas" y "cual gritan esos malditos". Ciertamente que si el actor dice una macana, es porque el autor la pone en el texto. Pero confesemos que algunos actores, si no hay en su papel palabras como **ataraxia** o **capitán** o **doctor** o **impudicia**, no suben de muy buen humor al escenario.

Las palabras detonantes son la pimienta colorada de la literatura por recetas. Por eso las utilizan con frecuencia todos aquellos que han hecho del arte de escribir una especie de arte culinario. El escritor revolucionario, gracias a que se abraza siempre entre las llamas de algún ideal, reglamentariamente, crepita y chisporrotea...

Hasta no hace mucho se hacía entre nosotros un teatro tipo pimienta colorada. Pimienta colorada el que escribía, pimienta colorada el que recibía. Era el teatro clásico de los alaridos. Esta costumbre bestial la introdujeron aquí los españoles en conflagración con los italianos. Los españoles siempre han puesto el grito en el cielo... del teatro. Es así que casi todos sus intérpretes han visto malograda su carrera a raíz de una laringitis prematura... Los italianos, en cambio, largaban espuma por la boca.

Aquí, se gritó bastante y todavía se sigue gritando demasiado. Se grita o se canta. Hay dos términos de voz: el marriquita o el borrachín. Algunos no tienen miras de abandonar la forma primitiva del rugido y prosiguen atronando con la vieja corneta de la declamación. Otros continúan con el teatro de los L. O. S. y de las roneaderas. Sospechan éstos que el tono dramático de la voz lo da tan sólo el agardiente. O la caña quemada. Pablo Podestá había tomado muy a pecho este concepto beodo de la dramaticidad. Y atronaba con su laringe. Una voz potente, puede, sin duda, llenar el escenario y la platea. Puede hacer estremecer a las butacas y rajar los palos del gallinero. Pero, deja vacío, justamente, lo único que debe lle-

nar, y el espectador sale a la calle tan fresco como cuando entró. Si es que hace fresco... El escenario no es un barco que se está yendo a pique para armar tanto alboroto. Tampoco es una cancha de bochas... El propósito del arte escénico no es atolondrar al público. Ni amedrentarlo con alaridos. El rugido de una fiera, asusta, pero no alecciona. Hay quien ruge y quien muge y quien aulla y quien reinheja. Y el actor debe ser un actor y no un animal.

Antiguamente, se podía creer que el que más gritaba, era el más grande. Pero, ya está comprobado que el que más grita, no es el que posee más talento, sino el que posee más garganta. También está comprobado que el que más grita es el más gritón...

Todo se va simplificando ahora. La humanidad vuelve al principio. Hizo una excursión al pasado y ahora está de vuelta. Y descubrió que el mejor camino es el camino de la sencillez primitiva y de la primitiva naturalidad. El grito no es una expresión de potencia artística. Al contrario: es la expresión de la hipotencia de no poder hacer arte.

LA SENCILLEZ

Es fácil hablar en difícil: lo difícil es hablar en fácil; ¡Ejem!... La sencillez no es tan sencilla como parece...

El actor o el poeta o lo que sea que usa ese lenguaje retorcido y campanudo como es el lenguaje oficial de la declamación y de la poesía, sin duda que, cuando sube al escenario o coge la pluma, se pone "en actor" o "en poeta". Piensa más en lo que va a hacer que en lo que está haciendo. O más en el público que lo escucha o lo que lee, que en el rol que desempeña. En vez de ser, trata de parecer que es. Por manera que de un dibujo serio, sale, después, una caricatura.

El actor supone, en primer término, que el espectáculo es lisa y llanamente, un espectáculo. En segundo término: que el espectáculo es él o se ha creado para él. Si: un autorretrato. Y el espectáculo es un gran lienzo donde pintan muchos. Un lienzo colectivo. El tono de conquistador que adopta en cuanto pisa las tablas confirma nuestra suposición.

Lo que primero falsea el actor es su voz. Y aquello que comprendemos por naturalidad, descansa en gran parte, en que cada uno emplee la voz propia que naturalmente posee. Porque la voz de la sinceridad suena lo mismo aunque esté escrita. El que habla o escribe con naturalidad, lleva ganado, la mitad de lo que se propone. Además, el falsete huele siempre a ficción y a hipocresía. La naturalidad y la sencillez tienen su anatomía aunque nosotros no le podamos contar todos los huesos. Ser como uno es: he aquí el problema.

LA NATURALIDAD

Hemos dicho que el actor y el autor eran hermanos de teta. Tan falsa como la modulación del texto es el texto en sí. Nótese que nos referimos siempre al teatro nacional y al término común de sus productores. Omitimos, desde luego, las excepciones. Aunque en una pieza teatral, lógicamente, a cada personaje correspondería un lenguaje especial, lo más común es que todos hablen de la misma manera. Si el autor habla en difícil, todos hablan con dificultad... Y si el autor habla al revés, al revés hablan hasta los tuertos. Resulta, entonces, que los personajes en vez de hablar su lenguaje, hablan el lenguaje del autor. Hemos dicho que el idioma es una cosa viva. Debemos entender, en consecuencia, todas aquellas palabras que sin estar propiamente muertas, se hallan en las inmediaciones del cementerio de la lengua. Si analizáramos

mos una pieza teatral nuestra y sacáramos de su texto todas las palabras que no se usan o que solamente las usan los entedidos que por lo regular no concurren a las salas, la obra quedaría reducida a la mitad. Hay varias maneras de entender una obra y lo más común es que la obra sea entendida a medias. Nos referimos a esas obras de "tesis" donde salen a relucir un sinfín de "ataraxias" y "tú eres" y "tú tienes" y otras complicaciones verbales. Si un hombre habla mal en la realidad no sabemos qué razones puede aducir el autor para hacerlo hablar bien cuando lo planta en el escenario. El lenguaje de cada individuo forma parte de su psicología. Tan fal-

so resulta un personaje cuando habla bien porque el autor conoce el idioma, como cuando habla mal porque el autor lo desconoce. Porque el teatro nacional tiene dos especímenes de autores: el que habla falsamente bien y el que habla falsamente mal. Cuando un personaje habla su lenguaje no se advierte ninguna de las dos cosas: ni de que habla bien, ni de que habla mal, porque habla lo justo.

En verdad, de verdad, que en vez de comenzar por el final que es la renovación, sería más sensato comenzar por el principio que es el abecedario...

R. Chaves.

NUESTRO PRIMER NÚMERO

Nos declaramos satisfechos de la acogida que se le ha dispensado a nuestra publicación. Vemos realizado uno de nuestros deseos: que a nadie se le caiga de las manos por pesada o por inocua. Y este otro: que produzca la inquietud en la conciencia del lector inteligente. También esto último parecería que lo hemos conseguido. En efecto, ninguno al leerla ha podido mostrarse indiferente. Hay quienes nos envían aplausos expresivos por la obra de solubridad intelectual que IZQUIERDA se dispone a realizar en este medio; y quienes han perdido la serenidad, como si presintiesen un desplazamiento. Otros, animados de generosas intenciones, nos envían artículos y consejos, que por cierto agradecemos de todo corazón, reservándonos, naturalmente, el derecho de no aceptarlos. Nosotros sabemos cuáles son los temas refríos que no debemos tocar para no hastiar al lector, y cuáles son los escribas que nada tienen que hacer porque nada tienen que decir, en una revista como la nuestra.

Aunque para muchos esto del izquierdismo sea una cosa rara que no figura en el libro de recetas de quienes tienen bien registradas todas las fórmulas farmacéuticas de la revolución, para nosotros es más claro que la luz del alba.

No pensamos convencer con palabras, palabras y palabras. Somos de los que convencen con la acción; esto es, de los que refutan toda crítica maligna con toda una vida de probado desinterés y comprobada valentía intelectual.

Por eso la maldicencia rebota en nuestro amor propio como la bala sobre el mármol de la estatua.

Un diario socialista advertido del importante rol que nuestra revista viene a desempeñar en la prensa libre del país, da su toque de alarma en un editorial lleno de cavilaciones y recelos, preguntándose qué será esta nueva herejía del izquierdismo. Y como la única pesadilla de los jefes en decadencia de nuestro fracasado socialismo criollo, es Irigoyen, único fantasma que los persigue y a quienes ellos cargan con la culpa de todos los pecados del pueblo como al chivo de Israel, es natural que se miren entre sí angustiados y con los ojos muy abiertos, preguntándose: ¿no serán éstos también irigoyenistas?

Parece mentira que estos hombres viejos, con más de medio siglo a cuesta, no hayan aprendido nada en esta vida, ni siquiera a distinguir al hombre del hombre; ni siquiera a ser buenos políticos entre los políticos, donde ellos se mueven y respiran como el pez en el agua, o como el batracio en la charca.

¿Por qué hablan desde el Sinaí, estos ciudadanos, como si ellos fuesen los únicos que están limpios de pecados? Que la política burguesa sea una porquería, a nadie toma de sorpresa. ¿Pero, ha sido mejor y más limpia, acaso, la del sector socialista que la de los demás sectores? ¿Por qué han llevado estos últimos su partido al descrédito, perdiendo lo único que hasta ahora habían conquistado (no para la clase que dicen representar sino para sí) que eran sus bancas en el parlamento?

Por muchos que sean los delitos de la vieja política utilitaria representada por los partidos tradicionales, nada hay tan vulnerable, sin embargo, como la moral y el prestigio del partido socialista; no por su capacidad para el mal, sino por su absoluta incapacidad para el bien demostrada por casi veinte años de estéril acción parlamentaria. Desperdiciaron miserablemente el papel histórico que les estaba reservado en nuestra evolución política. Se gastaron en peleas domésticas dentro del partido y en escaramuzas triviales dentro del parlamento, sin levantar en ningún momento el punto de mira hacia la realización de los ideales del socialismo, porque esto ya no era cuestión de discursos de mucho arco y poca flecha, sino cuestión de pantalones, y nuestros doctores del socialismo, francamente, nunca tuvieron fundillos de revolucionarios. Por eso van quedándose tan solos y por eso continúan temiendo que alguien venga a dispersarlos el reducido rebaño electoral que aún poseen.

Tranquilícense por ese lado los políticos socialistas. Nunca hemos pertenecido a ningún rebaño, ni aspiramos a crear otros nuevos con fines electoralistas.

Tenemos de la política un concepto propio, claro, limpio y de una extraordinaria valentía moral, que nada tiene de común con el de los políticos militantes de hoy, para quienes el ejercicio de la ciudadanía sólo consiste en votar.

Contamos con hombres de capacidad y responsabilidad en nuestro elenco periodístico para abordar el tema de la nueva política, destinada no a resucitar muertos ni a arrebatárlos multitudes ignoras, sino a movilizar conciencias, y a encanear las fuerzas morales y cívicas que existen en la clase media y proletaria del país, para pelear práctica más que teóricamente, por el pan, por la libertad y por la cultura del pueblo.

El movimiento de los intelectuales izquierdistas no es de doctrina ortodoxa, sino una reacción natural contra toda ortodoxia doctrinaria, la cual ha producido el caos en los espíritus y la bancarrota de la organización obrera.

Lo que nosotros queremos salvar no es ningún "ismo", sino el espíritu revolucionario traducido en acción frente a los hechos reales de nuestra existencia social. En tal sentido, no nos pagamos de etiquetas ideológicas ni tenemos prejuicios para los hombres que se allegan a nosotros.

Entre los mismos socialistas creemos que hay personas dignas de la mayor estimación y respeto. Si alguna vez necesitamos combatir a quienes hicieron del socialismo la carabina de Ambrosio, no será ni con la injuria ni con la mentira. Ésus son armas que se las dejamos a los malos periodistas del mal socialismo, quienes no es la primera vez que atribuyen venalidad política a personas de esta redacción, de una de las cuales llegamos a decir que lo había comprado Irigoyen con un puesto de inspector de enseñanza secundaria rentado con 800 pesos mensuales. Tan inverecunda como aquella, es la afirmación que repiten ahora diciendo que el diario obrero "El Trabajo" fué irigoyenista.

Y creemos haber despejado con estas palabras las dudas de quienes nos leen... sin acabar de saber qué es lo que leen.

Pedro

Por ABEL RODRIGUEZ

Hace frío. Escasos transeúntes cruzan la calle. Como todas las noches, ahora, Pedro está sentado en el umbral del zaguán. A veces eleva los ojos y contempla el cielo cubierto de estrellas. Otras, en cambio, mira hacia el interior de la casa, donde las sombras del patio se cortan bruscamente por la luz que proyecta el comedor. El haz luminoso parece una pantalla cinematográfica. Dos siluetas animan el foco: dos figuras que aparecen, huyen, se unen y gesticulan. Son tan variados los movimientos que por observarlos, Pedro, olvida un instante su desdicha y sigue atento los contornos de las sombras. Los ojos se le llenan de lágrimas y cuando alza la vista, ve las estrellas deformadas y con largos reflejos prolongados hacia el infinito.

La madre de Pedro se asoma un momento al zaguán, y dice en tono cariñoso:

—Pedro, Pedrito... ¡No tenés frío? ¡Vení; acostate...! ¡Qué gusto de estar así, Dios santo! Mirá que mañana tenés que levantarte temprano y después rezongás.

El no tiene tiempo de contestarle, porque ella lo ha dicho todo de prisa. Luego, sin esperar respuesta, ha regresado al comedor y de nuevo sobre la superficie ocre de la luz, las sombras gesticulan.

Mientras pasan las horas, Pedro piensa mil cosas distintas. Su fantasía gira y gira vertiginosamente como el movimiento de una pólea. Pero, lo que más embarga su pensamiento es el taller de fotografiados donde trabaja. La vida allí es terriblemente monótona. Todo el día se recibe una claridad que viene de una claraboya empotrada en el techo. Los rayos de los focos dañan la vista. Siempre se está envuelto por el olor del éter, al cual no puede familiarizarse. Tampoco soporta el chirrido de la sierra mordiendo las láminas de zinc. Además, el sueño le persigue sin tregua. Es algo que lo siente, como si lo acechase desde todos los rincones, para venirsele encima al menor descuido. El martirio es tan agudo que hasta materializa la imagen del sueño: un animal zarposo de pupilas relucientes que espía desde las sombras. Cuando está por dormirse la voz del oficial lo sacude:

—¡Pedro, mové la cubeta! ¡Recortá la plancha! ¡Llévate estas fotografías! ¡Eh, Perico, se te van los bueyes: dá ácido!...

El oficial aunque grita, es un buen hombre. Jamás dá una orden en tono irritado. Pero, Pedro, quizás por su mismo cansancio, le guarda una remarcada antipatía.

Al atardecer, a punto de terminar las tareas, cuando precisamente debería sentirse más contento, se apodera de Pedro una vaga inquietud. Ese malestar se acentúa de regreso a su casa. Y después de la cena, lo abruma toda la infelicidad de su vida. La sobremesa es breve. La madre monda una manzana, entreteniénndose, luego, en hacer números con la cáscara del fruto. El padre se apresura a tomar el café, resoplando sobre la superficie del líquido para enfriarlo, mientras exclama:

—¡Caramba, qué tarde se me ha hecho!

Y el amigo, que noche a noche visita la casa, reclinado indolentemente en el sillón, contesta:

—No, si tenés tiempo.

Todavía en el vano de la puerta, enfundándose el sobretodo, el padre interroga:

—¿Vos no venís?

Y anticipándose a la negativa, se retira precipitadamente. Pedro, entonces, sale tras él. Se detiene un instante en la vereda y observa cómo el padre se aleja. Cuando lo vé desaparecer se sienta en el umbral y espera. Allí, en el patio, la luz del comedor tiembla como un pensamiento retorcido y misterioso.

Pedro, ama las noches tormentosas cuando la lluvia repiquetea en los cristales y el patio se llena de ruidos extraños y los álamos gimen heridos por el viento. Dentro de las habitaciones entonces todo es confortable. La madre, junto a la máquina hace correr la costura y la luz pone una aureola destellante en la rueda y un nimbo en sus cabellos rubios. El padre arrastra las zapatillas. También arrastra su aburrimiento. Anda de aquí para allá. Toma una cosa para dejarla en seguida. A veces, por hacer algo, mastica un pedazo de pan, en tanto observa por la ventana la lluvia que cae sin tregua. Luego, dice enconado:

—¡La pucha, cómo cae! Esto no lleva miras de parar...

Pedro entonces, se acuesta temprano. Bajo las cobijas se adormece feliz, arrullado por esa música familiar. Si él creyera en Dios, le pediría sencillamente:

—¡Dios mío, yo seré bueno; pero hacé Hoyer todas las noches!...

Ahora, como siempre, un vago desconsuelo lo atormenta. Se cansa de mirar la misma perspectiva, llena de luces. Y, sin querer, razona como un filósofo. Piensa que su vida es así. Una calle recta y lisa, pisoteada por todo el mundo. Pero en realidad, ¿quién le hace daño? ¿Quién ha tenido intención de hacerle mal? ¡Sufre y no sabe explicarse. Piensa en todo esto y se hace una lamentable confusión.

En la esquina, bajo la luz del foco eléctrico, sus amigos se hallan sentados en rueda. La pandilla, al pasar por la vereda de su casa, le invitó ruidosamente, pero él rehusó con terquedad, sin dar explicaciones. No hace mucho él era el primero en todas las diabluras. Más de una vez, su audacia le costó caer en manos del vigilante. Los demás muchachos no pueden darse cuenta por qué permanece sentado ahí, como un marmota. Lo acorralan a preguntas. Uno de ellos, y quién sabe con qué aviesa intención, le dijo mirando obliquamente hacia el interior de la casa:

—¡Y tu mamá!

—Está dentro — repuso él sobresaltándose.

Pedro creyó advertir que todos se miraban significativamente y que al irse cuchicheaban entre ellos. ¡Por qué lo atormentaban así!

Poco a poco, la calle queda desierta. Los ruidos de la ciudad se oyen cada vez más distantes. El eco de una campana señala la hora. Las diez... ¿Hasta cuándo deberá esperar el regreso de su padre? ¿Cuánto tiempo durará aún su vigilancia obligatoria?

Pedro recuerda que hace días su padre detallaba los pormenores de un crimen. El protagonista principal fué un herrero, quien sorprendió a su mujer en brazos de un amante. Con un hierro candente lo quemó a los dos. Cuando los vecinos acudieron en defensa de las víctimas, hallaron en la pieza dos seres deformes, que gesticulaban sin poder articular palabra. Los diarios relataron el hecho con una brutalidad desconcertante. Irritaban ciertos detalles. El padre, lejos de indignarse, como comentario final, dijo satisfecho:

—¡Ha hecho bien, qué diablos! Mientras el hombre trabaja como un

burro, ella le falta en esa forma. Cualquiera en su caso hubiese hecho lo mismo...

Pedro al recordar esas palabras se estremece. Entonces observó el rostro de su madre. Ella, impassible, sin la menor sombra que alterase su plácida fisonomía había respondido:

— ¡Vaya a saber la vida que pasaba ella!...

Pedro cuenta los golpes de la campana, cuyo eco se prolonga en el silencio de la noche. Las doce... Ninguna sombra mancha el patio de luz. Siente un cansancio enorme. En las tinieblas que se encogen en el zaguán, cree percibir rostros deformados, de pupilas abiertas por el espanto. Se tendería sobre el mármol para dormir un sueño largo, del cual no quisiera despertarse. Se vé de pronto en una pradera florecida. El césped es blando y la atmósfera vibrante. Se sienta y contempla el rodar indolente de las nubes de borde escaurlata. Ahora, de cada flor se desprende una mariposa. Son tantas que oscurecen el día. Las mariposas se tornan en unos animales fantásticos, de pezuñas puntiagudas, que lo embisten. El, trata de huir, pero las bestias lo acorralan. Entonces toma un hierro rojo para defenderse. Siente que le arden las manos y, por primera vez en su vida, invoca el nombre de Dios.

Despierta sobresaltado. Lo que primero oye es la voz de su padre, que parte desde el comedor, dura, cortante. Un escalofrío de terror conmueve hasta sus fibras más íntimas. ¿Cómo no lo oyó entrar, Dios mío! Siempre tuvo tiempo de anticiparse a su llegada. ¿Qué sucederá ahora? Se acerca al patio y trata de adivinar en el abanico de luz, lo que ocurre dentro de la habitación. Supone que a ese breve silencio precedido de amenazas, seguirá el crimen. Hasta por momentos cree adivinar, en una de las siluetas, la mano armada de su padre. Tres sombras inmóviles se fijan en el patio; tres sombras que están fijas, en una dolorosa expectativa, como cuando se está inclinado en presencia de un moribundo. Por fin, la voz del padre, arrastrando las sílabas y haciéndose punzante en el insulto, rompe el silencio:

— ¡Por-mí-hi... jo!... ¿Entienden? ¡Sólo... por... él!... ¡Canallas!

Y vé Pedro al amigo que sale de la casa, curvándose un poco, como las sombras que se le echan encima.

Luego, todo queda envuelto en silencio. Pedro se retira cautelosamente hacia su cama. Se acuesta y escucha. En la pared del comedor se proyecta la cabeza del padre. Advierte que está de codos sobre la mesa y con los dedos hundidos en la maraña de los cabellos. A veces, las manos descendien, apretando las mandíbulas. La madre debe estar tirada en el lecho. Llorará, sin duda, esperando el castigo. Ella, tan buena... ¿Por qué suceden estas cosas? — piensa Pedro, y un torbellino de ideas oscuras agitan su alma...

Ahora, el padre se ha levantado. Pasea de uno a otro extremo de la habitación. Se detiene un instante, mira el patio en sombras y torna a pasear. Pedro, sin querer, ha suspirado tan fuertemente, que el padre se acerca y le interroga:

— ¿No dormís, Pedro?

El, no contesta. Esa pregunta le produce espanto. ¿Qué espera? Y de pronto se apaga la luz. Pedro aguja el oído y abre bien los ojos, sondeando las tinieblas. Permanece mucho tiempo así, hasta que por fin, el sueño lo rinde.

Y a la mañana siguiente, la voz de la madre, más cariñosa, más blanda, le llama:

— ¡Pedrito, Pedrito, levántate que es tarde!

El se levanta sobresaltado. Su primer pensamiento es para lo sucedido

la noche anterior. Pero, observa en la casa un ambiente tan tranquilo que está por creer que todo fué una pesadilla. Se siente feliz. Vístese de prisa y con un loco deseo de andar correteando por las calles, inundadas de luz. Cuando en el comedor se encuentra con su padre, no puede soportar su mirada y rehuye la conversación con él. Sale a la calle y todo le parece nuevo como si por primera vez recorriese la ciudad. Hasta las mismas sensaciones que experimenta tienen un encanto extraño. En el taller esos sentimientos se agrandan y ya no es el sueño que le acecha hosco desde los rincones, sino el rostro piadoso y dulce de su madre.

Abel Rodríguez

La eterna divergencia

En el número anterior insertamos una carta donde Gabriela Mistral hacia el elogio del ministro de Instrucción pública Antonio Sagarna. También hacia el elogio de nuestro compañero de tareas Julio R. Barcos a quien iba dirigida. Publicamos ahora, estas dos cartas que se dirigieron los elogiados, en las cuales se podrá ver el concepto que le merece a Antonio Sagarna, Julio R. Barcos y el concepto que le merece, a su vez, a Julio R. Barcos, Antonio Sagarna.

PREGUNTA

Agradesco a Vd. el envío de su libro "Cómo educa el Estado a tu Hijo", con una dedicatoria en que el autor se carga una deuda de gratitud para con el Dr. Antonio Sagarna y acusa al actual Ministro de Justicia e Instrucción Pública otra deuda "para con la intelectualidad izquierdista del país".

He leído parte del volumen y por los enunciados conque encabeza cada capítulo, me doy cuenta del resto. No deseo discutir su tesis, que es muy contraria a la que he traducido en cerca de treinta años de docencia y de fomento y estímulo docente; siendo maestro gratuito, durante 2 años de mi máxima pobreza, en las Escuelas Evangélicas de Mr. Morris; presidente y conferenciante en la Sociedad Fomento Educativo de Gualeguay; vocal y presidente de "La Fraternidad"; vocal y profesor del Comité de Extensión Universitaria; secretario y presidente de la Comisión de Propaganda Escolar; fundador y secretario de la Escuela Profesional de Mujeres; fundador y secretario del Comité de ex-Alumnos del Colegio Histórico; fundador, presidente y delegado del comité de Libre Pensamiento, todo en Concepción del Uruguay; profesor gratuito de la Escuela de Comercio, profesor extensionista en la Escuela Normal; vocal de la Comisión de la Biblioteca Popular; decano ad honorem de la Facultad de Educación, todo en Paraná; y todo eso sin jamás dudar que el Estado ha hecho lo más y lo mejor que en materia de educación se ha hecho en la Argentina y en toda la América Latina.

Lo que me causa cierta extrañeza es que un hombre de su inteligencia y de sus principios, colabore en la obra criminal de la educación oficial". Eso es coparticipación y coparticipación consciente. Sólo que yo no creo en su tan acre repudio de la enorme y admirable obra que el Estado argentino ha realizado con amplitud ingenua en materia de enseñanza, sino que un poco de monoteísmo de literato y un poco de hipérbolo de "avanzado" le llevaron a forzar la nota. Pero, aún así, aparece Vd. menospreciando y repudiando la función que desempeña y ha desempeñado; y por ahí anda un admirable Ensayo de Xenius que me convencería de lo contrario.

En cuanto a la dedicatoria, necesito hacerle una doble rectificación: a) No me

debe Vd. nada, pues si alguna vez expresó un juicio y apoyó una solución, a base de informaciones de mi amigo don Juan José Millán, miré sólo el servicio público con la amplia y tolerante norma con que he patrocinado y nombrado varios hombres con cuyos cargos discreto: b) La izquierda no tienen cuenta corriente con el Ministro, pues éste se precia de ambidestro, aunque sea poca la destreza de sus ambas manos. En Millán, Bordato, Palcos, Ingenieros, Gómez, Veiga, Mouchet, Glusti, Troise, los Orgaz, como en Morris, González, Amatusso, Serié, Terrán, Ramírez, Victoria, Abeledo, Ferrer, Pandolfini, Oheila, Reula, Nielsen, Doello y tantos otros con los cuales, directa o indirectamente, comparto o compartí tareas, ideas y responsabilidades docentes, no ha mirado, además de sus capacidades, otra cosa que su conducta moral y el amor apostólico que ponen en la tarea de cada día, sea ésta oficial o privada.

Reiterándole reconocimiento, lo saluda atte. — Antonio Sagarna.

RESPUESTA

A mi regreso de una corta gira de Inspección escolar por la Provincia de Buenos Aires, me encuentro con su atenta del 23 del corriente acusando recibo de mi libro.

Respetoso del tiempo que le embargan sus altas y múltiples funciones de Secretario de Estado, me habría abstenido de contestar su apreciación equivocada relativa al autor (ya que no a su obra) que involucran ciertos párrafos de su carta.

Pero como reitera usted la misma apreciación personal que en otra oportunidad le mereció una carta mía con la cual seguramente herí su susceptibilidad, aunque el sentimiento que la inspiraba era de afecto hacia su persona, pues, sinceramente, me habría gustado verlo actuar como un actor de sarmentosa talla en el Ministerio de Instrucción Pública, espero que me concederá, por esta vez, el derecho a la defensa.

Desearé demostrarle — cuando entrar en polémica — que no hay tal dualismo en mi conducta, ni tal incompatibilidad entre el funcionario y el crítico de la enseñanza.

Podrá, tal vez, haber demasiada impetuosidad en el ataque de lo que considero nuestras calamidades institucionales, (lo que alejara toda sospecha de complacencia con ellas) pero ello es producto de un temperamento/intelectual. Con la misma temperatura con que se manifiesta usted tan optimista respecto a "la enorme y admirable obra realizada por el Estado argentino con amplitud inigualada en materia de enseñanza" expreso (yo que tengo veinte años de magisterio) mi decepción profunda frente a la incapacidad de nuestros gobernantes para convertir nuestra educación pública en la gallina de los huevos de oro, como con tanto éxito lo ha hecho el yanqui, a pesar de sus imbecilidades típicas.

Ni mi libro, ni mi larga obra (buena o mala, pero firme) de predicador laico dentro y fuera de las filas del magisterio, me acreditan un pesimismo amargo y sombrío. No lucha el que no tiene ideales. Tener ideales y servirlos fielmente como a una Dulcinea del alma, es tener fe, entusiasmo, optimismo y coraje.

La diferencia entre mi optimismo y el suyo consiste en que usted cree que al pueblo no le resta nada por hacer en pro de su educación, porque los hombres del Estado que proclaman que ésta es "función exclusiva del gobierno" lo han hecho ya todo, mientras yo opino que ese es el craso error de nuestra pseudo democracia, y con hechos y papeles en la mano, me propongo demostrar que lo único inculcable en esta materia, es la ceguera oficial y el peor negocio que pudo hacer el pueblo argentino fué instituir al Estado en entidad pedagógica única y sacramental, subordinando así la cultura a la política que todo lo corrompe y todo lo avasalla.

To le doy a usted, indudablemente, la impresión de un demagogo acre y estrepitoso. Y usted haciendo el panegirico de nuestro régimen educacional, lo que de rebote implica una sanción benévola de su gestión pública como hombre de gobierno, a su turno, refuerza mi convencimiento de que poco o nada hay que esperar de los dirigentes, mientras no se descentralice política y administrativamente la enseñanza.

No es mi ánimo ofenderlo, doctor Sagarna: pero yo le planteo a su espíritu "apostólico" (como de su léxico el calificativo) este problema: ¿qué es peor, inyectarle la "norma del conformismo a la opinión pública, o aplicarle la ducha fría para hacerla reaccionar?"

Lamento que su vehemencia vasco-entrerriana le haya impedido leer algunos capítulos más de mi libro, antes de pronunciarse con el imprimi con que lo ha hecho.

¿Cómo puede usted juzgarme un demagogo más o menos negativo, cuando empleo para publicar mi libro a un ex-ministro (que ahora no puede dar ni quitar puestos) aplaudiendo su obra?

Con cuanto mayor motivo hubiera batido palmas a la suya, si hubiera encontrado que también usted dejaba su nombre vinculado a reformas e iniciativas de alguna trascendencia social.

¿Pero, dónde están las huellas de su obra y de sus ideas progresivas?

Cuánto más glorioso para usted y más útil para el país, habría sido que en lugar del leor espumante de su optimismo verbal escanciado prodigamente en forma de discursos y conferencias, le hubiese legado a la docencia nacional y a la juventud que se odia, una obra que conectase los planteles de enseñanza con las necesidades sociales del presente.

Hace usted bien, doctor, de enorgullecerse por haber pertenecido a tantas instituciones de fomento y estímulo docente como las que enumera en su carta, y que son otros tantos títulos de honor para su vida ciudadana, particularmente aquel de sus "servicios gratuitos de maestro durante los tres años de máxima pobreza".

Debo ser grato evocar los recuerdos de la pobreza desde la prosperidad y el encumbramiento político. Ella ha sido y seguirá siendo mi fiel compañera de viaje, doctor, y a ella le debo esta acumulación de riqueza espiritual que nos es dado atesorar a los hombres, que no se levó consigo la corriente de la vida puramente externa, mundanal y sensualista.

Tan sorprendido como usted de la lectura de mi libro, lo estoy yo, doctor, de su extraño concepto (a tanto nacionalista) sobre la pretendida incompatibilidad de mi función docente con mis ideas reformadoras de educador.

¿Es indispensable, pues, que un maestro del pueblo pagado por el pueblo, sea una mula de noria con anteojos pedagógicos, atada al molino de la rutina?

Sería lamentable que un profesional no pudiera subrayar los errores a veces criminales de la enseñanza. Cuando empleo la palabra criminal no lo hago en lenguaje jurídico, sino en el de la ética social, pues señalo crímenes de lesa patria y lesa humanidad que no tienen sanción en el Código Penal pero sí en la vindicta pública. Y cuando a los veinte años de experiencia en el oficio, se suman otros títulos que han extendido el nombre del suscripto más allá de las fronteras nacionales; cuando el que publica un libro de crítica severa a nuestros sistemas educacionales, es un obrero infatigable de la libre-organización de la cultura; que ha creado instituciones populares encargadas de atender los problemas de la instrucción de la totalidad nacional a la mitad de las repúblicas americanas; que ha legislado en materia escolar en alguna de ellas, conquistando el título de "ciudadano honorario" de la misma, creo que bien merece ser escuchado y discutido con ciertos miramientos.

Sería paradójico que sólo en mi patria fuese yo un expatriado cuando otras patrias se honraban en hacerse su hijo adoptivo.

El hecho de que yo le alume al Estado más aptitudes profesionales, no implica que le alique también mi conciencia. No existe un Estado democrático semejante esclavitud. Eso lo podrá exigir un Estado fascista, pero jamás el Estado argentino, cuya carta magna garantiza por sobre todas las cosas el derecho de expresar libremente las ideas.

Precisamente, yo señalo en mi libro la herencia de esclavo que pesa sobre los encargados de formar a los hombres libres. Y sostengo que la reconstrucción de nuestro sistema educativo comienza con la liberación espiritual del maestro.

El concepto anti-democrático e inconstitucional de que el maestro del Estado no debe tener nunca ideas distintas (y mucho menos opuestas) a las de los mandatarios, ha sido funestísimo para la cultura nacional: ha contribuido a deformar la fisonomía cívica de la nación.

Con ese criterio destituye el sectarismo religioso de Estados Unidos al maestro Scopes por enseñar la teoría de la evolución; y con la misma intolerancia política se nos brindaría aquí la cinta a los herejes que tenemos la osadía de pronunciarnos contra el catecismo de las infalibilidades oficiales.

No, doctor, usted que siendo profesor tuvo el bello gesto de decirle al ministro "Nada un día que éste lo interpelara sobre sí o no a cierto que usted, Millán y Bordato profesaban ideas avanzadas: "el señor ministro no tiene ninguna jerarquía sobre el fuero privado de nuestra conciencia", no puede sustentar ahora una tesis tan opuesta. No insistiré sobre el prejuicio con que usted ha leído lo poco que leyó de mi libro.

Usted mira el panorama de la docencia nacional, desde arriba, y es explicable que lo vea a través de la poesía engañosa del poder. Y, naturalmente, lo ve color de rosa, así como desde lejos se ven azules las montañas.

To lo mira desde abajo, como perito del oficio, y me topo con la cruda realidad. No es, pues, literatura lo que yo hago, si no un diagnóstico. Literatura hacen los dilettantes que no se han especializado en nada y hablan de todo. También es Xentus quien aconseja: "Procura hacer bien una cosa; dedícate a tu arte o tu oficio por modesto que ésa sea, con todo tu amor y vocación; y serás alguien". No recuerdo textualmente la frase.

¿Olvida usted que yo soy maestro por los cuatro costados?

¿Se extraña usted que yo haga una antopsia de nuestro arqueológico régimen educacional?

Y, ¿quién puede hacerla sino el médico? ¿Quién puede hablar de zapatos sino el zapatero?

¿Por ventura, soy el único normalista que se empeña en renovar el cascajo pedagógico de la escuela convencional y palabarrera que tenemos los argentinos?

¿No lo tiene usted a su lado, en la Inspección de Enseñanza Secundaria de Ernesto Nelson, que tantas páginas y libros maravillosos ha escrito contra nuestros "enseñadores" y contra el fracaso de todo nuestro mecanismo político de la educación? ¿No se ha pronunciado él contra lo funesto que ha sido para el país dejarle al Estado ejercer el monopolio de la emisión de títulos y certificados de competencia?

¿Ignora usted que debido a la crítica acerada y violenta a veces de los maestros reformistas alemanes, en la nueva constitución se entregó el gobierno escolar a los maestros, figurando en sus filas el libro de esta escuela de Trabajo, Kirschstein? ¿No se ha pronunciado él contra lo funesto que ha sido para el país dejarle al Estado ejercer el monopolio de la emisión de títulos y certificados de competencia?

¿Sabe usted que Wells, el pensador y publicista más eminente de la época, preside con fines sobria dirigida por usted a la educadora chilena Amanda Labarca, veo que aplaude, y con semejante justicia, el libro de esta escritora chilena "La orientación de la Enseñanza". Pues bien, ella, paralelamente al autor que usted censura, muestra al magisterio el panorama de la Nueva Educación con sus doctrinas, maestros y ensayos más avanzados.

¿Por qué aplaude usted en ella ideas que repudia en mí? Por prevención contra mí persona, doctor.

Todos los hombres y muchos más los impulsivos — somos propensos a caer en esa obtusidad espiritual para comprender a los individuos que nos son desafiados. Y usted ha tenido para conmigo un mal momento.

Todo mi libro, desde el primer capítulo, en que pido a quienes desde el poder me califiquen como con ribetes anárquicos, "dénme patria y les diré cómo se hace patria", hasta el párrafo final del último, en que digo que "deliberadamente he hablado en el lenguaje de la democracia" y no de dictadura social alguna, para que nadie pueda sufrir equívocos respecto a mi actitud ideológica frente al problema actual de la educación", es una refutación franca y leal a esta clase de juicios.

No puede haber coparticipación consciente con los males que denuncio por el hecho de ser funcionario de la enseñanza. Como no la hay en el cirujano que la enfermedad por el hecho de que aplique su bisturí donde sale el pus que denuncian el mal.

Esa ha sido, de veinte años a esta parte, mi coparticipación consciente e identificada dentro del magisterio, por cierto, que sin salirme del espíritu vivo de las leyes que rigen la enseñanza, aun cuando tuviera que estrellarme a veces contra la estrecha mentalidad burocrática de quienes pretenden aplicar su letra muerta con un automatismo moral de carabineros. El concepto profesional muy honroso que mis jefes han formulado sobre mí, así lo he vivido y así algunas veces, el autocrático de los políticos irresponsables que desgoberaron las escuelas de la nación, me pegaron en el estómago para apagar las voces de mi espíritu, ello contribuyó a hacer más dura mi carne para el sacrificio, y más fuerte mi voluntad para la lucha, convencíendome que vale más quemarse en la llama sagrada de un ideal que podrirse en la sensualidad y el utilitarismo.

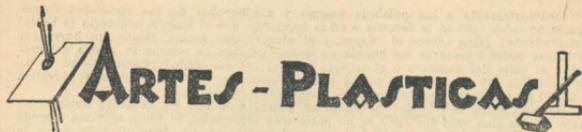
Perdóneme usted el tiempo que le he distraído obligándolo a leer estas cuartillas. La aclaración se me impía. Y en cuanto a la suya respecto de mi dedicatoria, me alivia usted mucho con la primera, al relevarme del todo deber de gratitud hacia su persona.

Ea cuanto a la segunda, créame que he celebrado con sano humor el ingenio de su frase: "Este ministerio no tiene cuenta corriente con la intelectualidad izquierdista". Le doy toda la razón, sobre todo, después de haber rectificado la opinión que muchos teníamos de su filiación intelectual. Yo lo creí un intelectual de ideas progresivas en cuestiones sociales, y usted se presta sincera, y lealmente de ser un conservador. Luego ha sido usted generoso al ubicar tres o cuatro socialistas en la docencia, excluyéndolos a los que propagamos principios independientes y avanzados.

Para terminar estas líneas, le ruego acepte los libritos de Patri y Ferrierre que el envío por impreso certificado, por ser los que de un modo más concreto y sugestivo demuestran la practicabilidad de ciertas reformas, semejantes a las que auspiciamos aquí varios educacionistas argentinos.

Con la esperanza de que algún día, cuando usted no sea ministro, he de tener el gusto de platicar con usted con seriedad platoniana sobre éstas y otras cosas, lo saludo en los términos más cordiales y afectuosos que a pesar de todas las divergencias, me merece la persona de Antonio Sagarna.

Julio R. Barcos.



AL MARGEN DE UNA EXPOSICION

Con motivo de la crítica anterior, nos llegaron infinidad de cartas. Parece ser que se aborrotó el avisero. Por poco, algunos no nos rían de una... expresión vulturiana. Otros, más inteligentes, naturalmente, nos felicitaron.

Alguien se extraña de que nosotros no hayamos visto en la señorita Forner aquellos "amarillos y violetas y verdes que ella tan sólo es capaz de pintar". Confesamos humildemente que los hemos visto, pero, confesamos, también, que esas cosas ni nos asombraban ni nos entusiasman. El verde en sí, el azul en sí, el amarillo en sí, no tienen más valor que el valor que cada uno le conceda en sí... La representación aislada de un color determinado... sí, es un fenómeno exclusivamente personal. Por ejemplo, para algunos el amarillo es un color triste y enfermizo. Para otros, no. Un amarillo rodeado de azules o violetas o verdes de la misma intensidad, claro, que se impondrá sobre los otros, pero, ese mismo amarillo rodeado de otros más cálidos o más fríos, perderá totalmente su fuerza. Además, la "violencia del color que acusa claramente que se le ha visto y sentido", no es una codición ante la cual haya que inclinarse. Puede ponerse el color con violencia, hasta la exasperación, como hace la Forner, más por eso habrá color. Porque el color no es tan solo color. Es gradación de tono. Mejor dicho: entonación. Lo que se destaca como color es la correspondencia y la valorización del color, según el plano y la luz que los volúmenes ocupen en el cuadro. No es el color en sí, lo que persigue la pintura. Es el alma del color. La sensación de color, que el color produce. Quizás la modalidad brusca de la Forner marque una etapa en su carrera que tal vez no sea la más feliz. Hemos visto ya a muchos que al principio pintaban así — Maza, por ejemplo, cuando volvió de Europa — y que fueron abandonando esas estrechidades de color a medida que el estudio les refinaba el gusto. Aunque después hayan sido peores que al principio. Si comparamos las obras primeras de la Forner con las últimas, advertimos que ella misma nos da la pista de lo que llegará a ser en el futuro, si es que llega a ser algo. De sus "violencias" de hoy, a las "violencias" de ayer, hay ya, una transacción notable. Asimismo, el color de la Forner no está muy de acuerdo con su temperamento.

Dejemos a la Forner. Volvamos a las cartas. Otro (y éste es literato, ¡ah! ¡jaja!) sale defendiendo a Guttero, aquel famoso Guttero de la Leda y el cisne, de la Eva y la cebolla. Digamos, antes que nada, que el literato en cuestión es hombre "de ideas". Muestramos declarado de la burguesía. Enemigo personal. Posee un excelente malhumor obrerista que destila primorosamente en sus escritos y toda su producción gira alrededor de la causa del pueblo que sufre y que trabaja. Abomina de la explotación humana y sueña con la redención de los trabajadores. Ahora bien. Nos preguntamos, claro que nos preguntamos: ¿cómo este muchacho rebelde no advirtió que Guttero es un reaccionario? ¿Una especie de Hugo Wast de la pintura? Dicho con mayor suavidad: ¿un "instrumento incoherente de esos que la burguesía desea para rascarle la barriga al cerdo"? ¿Qué idea tiene Guttero del trabajo y de los trabajadores para pintarlos como los pinta? ¿No aparecen en sus telas los trabajadores para pintarlos como los pinta? ¿No aparecen en sus telas y elegancia, bajo la mirada plácida de la madre feliz que le ofrece sus pujantes pechos a un niño también rosado y moletudo, mientras le guiña un ojo al padre que seguramente le legará a la criatura su puesto de burro en los diques? ¿Acaso cuando un escritor revolucionario lee una descripción del trabajo en la que se dice que el trabajo robustece el cuerpo y desarrolla los músculos y otras macanas por el estilo, no se subleva? ¿Y por qué no se subleva cuando un pintor falsifica la realidad, al extremo de creer que los trabajadores del puerto llevan las bolsas con elegancia, y mientras las llevan tienen tiempo de hacerle remoqueos a sus "preciosos vástagos"? Las tonalidades claras, transparentes y voluptuosas de Guttero se parecen

extraordinariamente a las palabras huecas y almiradas de los escritores cursis. ¿Quién no sabe, esté en la derecha o en la izquierda, que el trabajo ordinario es brutal y degradante? ¿Que tuerce el cuerpo y el alma? ¿Que jamás, jamás, un burreador de bolsas podrá conservar los huesos en orden? ¿Quién no conoce la jobra del cargador, el callo del zapatero o el tripode espinal del empleado? ¿Cómo es que le ha podido fallar tan lamentablemente a nuestro poeta su infalible malhumor obrerista al punto de exaltar a un crumiro de la pintura?

Guttero posee una visión "sociológica" manca o tuerta. El elemento humano no entra en ella sino para ser visto en su parte más superficial. Si pinta retratos procede como los fotógrafos de instantáneas: coloca al modelo en una pose afectada, llena de teatralidad y de pedantería. Si pinta desnudos no va más que la sensualidad de la forma: la cebolla... Además, cuando pinta desnudos, desnuda antes una cerrada de desnudos de esos que hay en el museo. Cuando se propone temas de mayor enjundia, como el trabajo, ya vemos de qué manera lo trata. Y no se nos venga con que es un pintor por aquí y un pintorazo por allá. Esas son monsergas. "Frascitas", como decía muy bien el católogo. La pintura de Guttero y de todos los Gutteros que andan por el mundo es de lo más "clara de huevo batida" y facilonja que se conoce. Todos los problemas técnicos, allí, son cuidadosamente evitados... y disparados. Volúmenes, no hay. Calidad, no hay. Dibujo, no hay. Sólo hay... figura. O transparencias inodoras. O esa línea de dibujo elegante, decorativa, bataciánica... Al fin dimos con la palabra.

Y hablemos de los amigos, por fin. De aquellos que nos aconsejan que no perdamos tiempo en escribir sobre pintura, porque para eso están los literatos que escriben mejor que los pintores y cuyo control de las artes plásticas no sabemos por qué razones les pertenece.

Nosotros escribimos, en cierto modo, al margen de nuestro trabajo. Y lo hacemos como hacemos todas nuestras cosas: espontáneamente. No pensamos dejar bizcos a nadie. Escribimos de una manera natural...

Creemos que nuestros literatos no han profundizado lo que hay de específico en la pintura. Por eso no logran desempeñarse con eficacia. Hemos creído que era nuestro deber decir cosas verdades y las dijimos. Y, por último, si los literatos hacen la crítica de los literatos, ¿por qué los pintores no vamos a hacer la crítica de los pintores?

Guillermo FACIO HEBEQUER.

CUATRO PALABRAS OPORTUNAS DE RODRIGO SORIANO

Ningún mundial episodio, desde los días de la guerra al Tratado de Versailles, pudo cambiar la faz universal tan revolucionariamente como el proyecto de desarme por Litvinoff, expuesto en la Liga de las Naciones. (La conciencia humana sintióse sacudida en sus cimientos por el terremoto pacifista, profecía de un futuro próximo). Grandeza ideal y habilidosa diplomacia rusa, moldearon la nueva cultura que ilumina al universo con más intensos y luminosos rayos, que aquella negra estatua de la libertad iluminando al mundo, que los yanquis enlutaron al ejecutar a Sacco y a Vanzetti.

Rosario, Diciembre de 1927.

Rodrigo Soriano



FILOSOFIA-POLITICA

MITOS E INSTITUCIONES

Por JUAN LAZARTE

En la evolución histórica los mitos desempeñan dos funciones capitales: al nacer, si encarnan un movimiento social, originan nuevas instituciones; al morir, agotados en su significado popular, sólo sirven para impedir la evolución, perfección y cambio. Pasado el siglo creador, período naeciente—sufren una parálisis, aspiran a lo absoluto, devienen inmóviles, engendran luchas y discordias a las cuales ponen fin nuevas revoluciones.

Todas nuestras instituciones son por esencia mitológicas. Los pueblos civilizados, como los salvajes, tienen sus mitos racionales. A ellos viven adheridos, como lapas, gentes cuyos cerebros son órganos correspondientes a lo viejo y caduco del edificio social. Hay, pues, una mitología oficial y un mito oficial. Así, se denominan por cuanto representan la religión única, la verdad única, la ideología, el derecho y la revelación legal y estatal. Tal fenómeno no nos incomodaría si aconteciese en el cielo, pero pasa en la tierra y nos toca directamente; quien opina contra el mito hecho dogma; el pensador que lo analice seriamente o el filósofo que lo discute en razón, comete pecado de herejía y muchas veces como su antecesor Sócrates en la Atenas pagana, pagará con la vida la desobediencia a las leyes...

Un mito es, en principio, la creación mental de un hombre, revelador del sentido popular y social de una época. El mito democrático es la proyección mental de una clase; la representación política de nociones familiares y costumbres domésticas de hombres vivos hace tres siglos...

Al aparecer las virtudes burguesas en Europa—manifestaciones nacionales del espíritu capitalista—los filósofos empezaron a discutir las nociones populares, que consolidarán un siglo más tarde, al mito democrático, dándole el triunfo sobre creencias más viejas y desmonetizadas.

La democracia, en su empuje inicial, conquista los pueblos de Europa y al amparo de una gran revolución deviene religión, merced a transacciones y componendas, dejando de ser en primer término la democracia, como la soñaran los filósofos o la concibieron las masas. Al triunfar, perdió su espíritu y al pasar un siglo, su contenido es nulo. Su eficiencia en la historia de occidente no se puede negar, pero es pasada. Ocupará, para el estudio, un lugar prominente en el desarrollo de una civilización, sin absorberla toda como pretenden sus secuaces. Nos queda el mito democrata junto a otros mitos, sin valor positivo y real para la sociedad presente. Los hombres, el alma del hombre post-moderno vive divorciada con él y aspira a nuevas formas de convivencia.

Cada época tiene sus mitos. Cada pueblo también. Nacieron y vendieron unos, otros murieron cuando representaban un atraso o una alta incompreensión frente a nuevas fuerzas o nuevos mitos.

El hombre económico de la época capitalista y precapitalista triunfa con la democracia. El hombre espiritual del siglo post-capitalista destruye la democracia, pues no la entiende como justicia o libertad; crea la revolución, vale decir, la vía nueva para el cambio y organización del porvenir.

Delaisi es un magnífico ensayo: "Les contradictions du monde moderne" analiza algunos mitos políticos en la historia de las culturas y tan claros son sus puntos de vista que no resisto la tentación de una larga cita.

Entre los mitos, hijos de la fe, vehículos de esperanza, se encuentra el "politeísta". Los antiguos sacerdotes se dicen representantes de un Dios director del Universo, que puede ayudar o perjudicar a cualquiera. Es necesario comunicarse con El. "Se inventan nombres, fórmulas, oraciones, sacrificios para volverse grandes". El ser que posee el secreto de la transmisión, con ese Dios, tiene un poder extraordinario. Sucede el caso que el jefe guerrero es a la vez sacerdote y se realiza la unidad que da fuerza incontrastable al mito.

Todo esfuerzo de los jefes consiste en confundir magistrado y sacerdote. "La unión se hace en el imperium que es el derecho a gobernar en nombre de los Dioses". Obediencia sin discusión. "Así el mito solo crea la autoridad de decir la obediencia consentida".

El mito cristiano—

El mito politeísta se hundió ante la avalancha destructora del imperio romano. La muerte de los dioses deja ese inmenso proletariado del mundo antiguo, sin fe y sin religión.

El mito cristiano surgió de las muchedumbres, por lo menos tuvo su primer arraigo en las masas miserables de cuerpo y esclimadas de alma por la esclavitud. Tomó cuerpo después del célebre proceso de Cristo, que para la antigüedad fué un acontecimiento universal.

Organizado espontáneamente el cristianismo invade el imperio romano ya en decadencia. La organización, con ritos sacramentos, oraciones y demás atributos externos de todos los cultos le da una fuerza impulsora y de creencias de primer orden.

El cristianismo lucha contra el imperio. Largos los años y más largo el número de fieles sacrificados. Los políticos del imperio ante la inutilidad de las persecuciones transan y se llega al pacto de Nicea. "El emperador reconoce la existencia legal de las comunidades cristianas, respetará y protegerá sus ritos y costumbres, sus jefes, sacerdotes y obispos serán tratados como funcionarios imperiales. En cambio los obispos aceptaron la sociedad romana fundada en la esclavitud y la propiedad privada y predicaron la resignación a las desigualdades de este mundo como condición de la igualdad en ultratumba."

Formando el Santo Imperio, el mito cristiano triunfa e impera por diez siglos.

El mito feudal—

Al consolidarse los bárbaros en Europa, bandas de aventureros recorrían sus tierras unidos a los jefes en el botín y la defensa.

El homenaje y la adhesión al jefe constituyen la adhesión sagrada: la fealdía era un homenaje sorpresa; así aparece el sentimiento del honor que hace al "hombre noble" y forma el vínculo social en todo el occidente de la edad feudal".

"Los nuevos señores adoptan la ideología cristiana de los vencidos. El jefe bárbaro hijo de Meroveo y de Pepino se hace consagrar por el obispo cristiano". Después la iglesia cristiana se esforzó por conquistar su vencedor: el caballero debe delante del altar velar las armas, su espada bendecida por el fraile".

"Es una especie de sacramento que le confiere una autoridad a la vez útil a la comunidad y a él mismo. El mito bárbaro se confunde con el mito cristiano".

El mito papal—

En el siglo X los monjes de Cluny descubren en Roma la tumba de San Pedro! "de la cual la tradición cristiana había perdido el recuerdo; organizar peregrinajes de todos los países donde tenían conventos. Esto le permite establecer sobre el "Tú es Petrus" del Evangelio la primacía del obispo de Roma sobre los otros obispos. Encargado por Dios del poder en la tierra, se forma la teocracia en la cual el papa es jefe de guerra y juez supremo. "Durante tres siglos el mundo occidental desde Hildebrando a Bonifacio VIII es dominado por este mito".

El papado no puede ser una fuerza militar. Al fin tiene que luchar con otro mito más antiguo y del mismo origen: el del emperador cristiano protector de la Iglesia nacido con Constantino después del pacto de Nicea "y conservado por el Santo Imperio Romano Germánico".

"Obispos y señores feudales aceptaron ambos partidos". "Los papas excomulgaron a los emperadores, los emperadores depusieron a los papas, hasta que un día el mundo cristiano contempló, con horror, tres papas y dos emperadores disputándose la obediencia con todas las armas de la tierra y el cielo. Finalmente las masas fieles se desprendieron a la vez del mito imperial y del mito papal "dirigiéndose a los reyes".

El mito monárquico—

El rey en virtud del homenaje feudal es el jefe indiscutible de la jerarquía de los barones, condes, marqueses, duques, dispone en los límites del pacto de vasallaje

del poder militar. Además, es sagrado; tiene la investidura de Dios. Representa el poder laico y religioso; usa de la Inquisición en su provecho.

"Desde que las necesidades de la guerra de 100 años los dió recursos fiscales fuera de su dominio propio y los medios de constituir un ejército extrafiscal; aparece como el único capaz de imponer la paz (tan querida a los burgueses) a los señores feudales. Cuando, en fin él, copia en su parlamento y en su corte de justicia los tribunales de la Iglesia apoyándose en el derecho Romano heredado de los Emperadores; había reunido en su persona todas las funciones de defensa, de justicia, de policía que aseguran la paz interior y exterior y todas las concepciones místicas que le vuelven legítimo. Entonces los teóricos y juristas fabrican para las muchedumbres el mito de la monarquía absoluta". "Dios creador del mundo lo ha dividido en reinos y dió cada uno de ellos a un monarca para que los disfrute él y sus descendientes hasta que le plazca a la providencia. El príncipe es propietario eminente de todos los bienes, etc... Tiene todos los derechos. La monarquía es un absoluto"...

El mito democrático—

La monarquía fracasa en la organización de Europa desde el punto de vista de la paz y de la economía. "Entonces por una honda transposición del mito real se transfiere la soberanía del monarca al pueblo. Parece que desde el momento en que el poder fuera ejercido por los mismos que lo sufren, los individuos obtendrían el máximo de seguridad en el máximo de estabilidad".

"En verdad esto parece una furiosa paradoja — eso de hacer ejercer el poder por un soberano de 10 millones de cabezas. Fué necesario inventar todo un mecanismo de la representación, elecciones de primero y segundo grado, asambleas legislativas únicas o parlamentos con dos cámaras, presidente encargado del ejecutivo o sirviendo de árbitro entre los ministros y los partidos".

"Todo el esfuerzo político del siglo XIX se agota en la resolución de estos problemas".

"La fe fué tenida por la expresión de la voluntad de todos. Y por lo tanto no se concibe ninguna resistencia; el problema especial de la obediencia consentida, está resuelto por definición. De hecho jamás bajo ningún régimen, monarca dictador o tirano no ha ejercido sobre el individuo su persona, su familia o su comunidad de las creencias políticas, los frecuentes cambios de ideas del nacer de indermo. Y jamás nadie ha estado mejor obedecido. El mito democrático confundiendo el soberano con el sujeto realiza el máximo de autoridad. Fué hasta este día la palabra de comando más potente y más perfecta"...

"Estos nacimientos, desarrollo y muerte de los mitos, evidencia la relación de las creencias políticas, los frecuentes cambios de ideas al nacer de instituciones. Si así no fuera, el Instituto creador del hombre no existiría, tornando a ser el vertebrado de mayor involución.

Aún en religión lo sagrado no es inmutable. Si no hay ningún valor eterno — más allá de la vida del cuerpo y del alma — que sofoque el espíritu, tampoco hay nada que justifique una serie interminable de inquisiciones, persecuciones contra sentimientos y conciencia creadora — en nombre de ideas hechas, mitos hechos, o instituciones hechas.

Por misteriosa paradoja, mitos e instituciones hijas del hombre, influyen en otros hombres. Los primeros vitalizan las segundas cuando llevan un alto significado, otras veces los humanos cuando agotan su finalidad por viejos y extraños. Cada época tiene un gran mito. Genio y límite de las creaciones societarias.

Hay una estrecha relación de creación y existencia entre mitos e instituciones. Tomemos nuestro tiempo. El mito democrático domina la filosofía política, absorbe lo superficial de grandes masas y pesa como inmensa montaña sobre las libertades humanas.

Las instituciones del poder, siempre se unen al mito dominante, cuando no son sus más directas, obediencia de varias culturas, demuestra que muchas de ellas son resabios de antiguos mitos no correspondientes con el mito y actividad actual. Todas las nuestras corresponden al siglo XVII, al empuje popular y burgrúes creador de la democracia liberal, europea, pero no al espíritu de América...

Un mito viejo o un resto de mito, de ser mera figura histórica, no perjudicaría a nadie. Activo en la vida social, presionando sobre las consecuencias parásitas, es peso muerto. La herencia de los muertos es el mito — la "falga de los muertos mandan" es por esos mitos pasados en los cuales creemos o no creemos — falga de instituciones contagiadas y sin rejuvenecencia. No comprendemos nuestro tiempo. Incomprensión nacida de la diferencia de alma entre lo antiguo y lo moderno. No hay continuidad o vida entre parlamentarismo actual y el hombre de la calle; dictadura

militar y espíritu. Somos lo moderno ahogado por lo antiguo y luchando por librarnos de él. Todas las Instituciones democráticas viven muertas. El esfuerzo por vitalizarlas es un derroche fantástico a pura pérdida. Impiden la evolución natural y social de los pueblos de la tierra. Cárceles donde se debate ansiosamente el futuro sin poder salir. Sin embargo, la vida triunfará rompiendo las paredes y proyectándose al infinito.

¿Qué significa el mito democrático para las élites? Nada. No hay en la actualidad un gran hombre de significación mundial, hijo de la democracia.

¿Qué significa la democracia para el proletariado? Cadenas.

Fuera de la especie "política" hace tiempo en degeneración, la disconformidad es universal.

El orden se refugia en las Instituciones, representación de la muerte y el pasado. Surgen y organizan los fanáticos del orden — de una clase de orden — para defender lo absoluto con la persecución... Evidentemente un nuevo mito ha nacido: La revolución. El encarna un movimiento social, calificadamente social. Lleva fuerzas populares activas y considerables. En el creen los hombres...

No están en el caso las revoluciones — como dice Ortega y Gasset — sino en la aurora. El error del pensador español consiste en tomar la Revolución Rusa como hija de la Francesa de 1789-91, cuando en realidad son fenómenos históricos distintos por las ideas y mitos que encarnan. Semejantes en la violencia, que parece necesario e inseparable en todo gran fenómeno de transformación social.

El mito democrático se apaga en la Revolución Rusa. Ella es la negación de la democracia entera. Las Instituciones que proyectaron los pueblos rusos son diferentes a las gestadas por la Revolución francesa y son opuestas en espíritu a todas las demás democracias y repúblicas burguesas europeas.

La descalificación del parlamentarismo es universal: las bondades del Soviet son también universales. En el peor de los casos los pueblos se expondrían gustosos al ensayo.

Cuanto el sentido revolucionario ha soñado no puede concretarse, por incapacidad del régimen para contenerlo. Las nuevas creaciones no aparecerán como aspiran las derechas perfectas en su origen, sino que irán perfeccionándose en otro plano, en otro mundo que el de las actuales diferentes zonas del alma humana.

Las instituciones mueren con los mitos; parece que éstos forman su entraña vitalizadora. A nuevos mitos, nuevas instituciones. Pero, los revolucionarios de hoy, tienen un sentido distinto de los pasados: encarnan la libertad y, por lo tanto, la realidad. La revolución es un momento en la historia y un estado del espíritu. Instante de pasaje hacia nuevas e infinitas rutas. La verdadera Revolución, no levanta la bandera de lo absoluto ni niega la tolerancia.

J. Lazarte.



SUGESTIONES HELENICAS

Por JOSE TORRALVO

I

DEMOCRACIA

Somos de los que no sienten apego místico por ninguna de las cosas de la Historia, ya que entendemos que son cosas pasadas y cuya realidad no puede repetirse con idénticas significaciones. Pero esto no nos impide para que nos sintamos propensos a ciertas singulares sugerencias históricas que brillan en el panorama retrospectivo con un tinte genial. La Grecia clásica es uno de los hechos protótipos que se hace presente en el alma del hombre culto, pues implica un perenne punto luminoso del Ideal humano. Y es que ningún pueblo ha tratado de resolver su visión de la vida y de la sociedad en un terreno de libre examen, como el griego antiguo. Sin embargo, la cultura social helénica, particularmente la de Atenas, ha quedado reducida a un valor documental, sin que la típicamente llamada europea y originalmente directa de ella, la haya dado otra importancia positiva que la que corresponde a laboriosas especulaciones filosóficas. El canon sociológico ateniense, el único que es posible estimar como generalización dinámica de un pueblo que hizo satisfactoria su existencia política, sólo ha sido interpretado como un refinamiento del espíritu clásico, pasando o transmitiéndose de esa suerte, como un lote de ideas que fueron, de unas a otras generaciones. Tal vez se deba a esa mera contemplación pasiva, el que aquella fuente de verdad y de belleza permanezca levantada y viva, como imagen acicleradora de perfección. Y a ella, por lo que tiene de libre y de alada, han de volver los pueblos de los futuros tiempos, ávidos de ideal.

En punto a democracia, constante inquietud de los pueblos europeos, ningún otro modelo le es comparable. Grecia generó las libertades políticas de una sola vez, como de una sola vez alcanzó las admirables generalizaciones de las matemáticas. Desde este punto de vista, bien puede decirse que legisló para todos los siglos. Es natural que debe distinguirse la época en que los jonios crearon la democracia y hacer abstracción de muchas de sus cuestiones que no constituyen o que no forman parte del patrimonio de nuestros días. En Grecia existía la esclavitud y se agitación aristocrática dispuesta siempre a tomar el partido del mando y la defensa particular de sus intereses, pero así y todo la forma política elevada a institución y a ley, comprendida a todos los ciudadanos. Los ciudadanos sin diferencia componían la democracia, desenvolviéndola en sus íntimas posibilidades. El extranjero no intervenía como tampoco el esclavo, defectos que no desmerecen, ciertamente, la realidad pura de la idea democrática. ¿De qué tradiciones tomaron los jonios los postulados para su vida política y social? No se conocen ningunas. En todas partes y hasta entonces, eran las castas teocráticas y la realeza enriquecidas por el botín, las que gobernaban a los pueblos. Grecia tomó de su espíritu mismo los principios para su política, para su filosofía y su arte, dando el espectáculo de la creación. En un territorio tan minúsculo empezó a darse la Ciudad-Estado, la Ciudad-República, cuyo número fué muy crecido. Por vez primera la raza helénica la dió a la ciudad el carácter de vivienda, donde se guarece y protege la familia. ¿Qué idea que sea tan conforme a la naturaleza es posible llevarla tan lejos? En la reducida extensión territorial de los griegos, vivía, perfectamente configurado, un archipiélago político. Toda ciudad regíase por sus propias instituciones y por sus propias leyes, dando origen después al municipio libre en que se plasmaron las libertades medievales y subsiguientemente a la extensión del federalismo de algunos sistemas democráticos.

La civilización griega, quizás algo más que la romana, ha continuado en las orientaciones de la cultura de Occidente, aunque en una forma alterada o desfigurada. La ciudad-hogar, en efecto, nunca ha sido practicada en su estricto sentido de creación. El municipio que se implantara en toda Europa y que trajeron a América los soberbios conquistadores ibéricos, era gobernado sin excepción por las clases pudientes, depositarias de los secretos del mando y de las autoridades. Las clases pobres no entraban ni poco ni mucho en su mecanismo institucional. En la Grecia misma ocurría algo semejante, excepto en Atenas. Es por esto que sólo se fija como fuente de perfecciones y de sugerencias la República Ateniense, fuente que en su significa-

ción original y limpia ha de darnos los datos que integren la urdimbre de la democracia del trabajo, de que nos hallamos próximos. Hemos dicho, pues, de que la democracia de Atenas era un organismo político compuesto por todos los ciudadanos. Demagamos ahora, como verdad histórica, de que la Constitución de Solón reposaba sobre la idea según la cual los derechos políticos debían ser proporcionales a la riqueza individual, pero fué una idea que no se llevó a la práctica. Por lo demás, es esa la idea de desigualdad de que se han nutrido las democracias occidentales y que ha resultado tan atentatoria como absurda. La República Ateniense hacía uso de dos instrumentos políticos por los que lograba la total virtud democrática: el sorteo y la elección. El sorteo obedecía a lo que parece, a un sentimiento religioso según la cruda opinión de Furtel de Coulanges. El referido autor "ha sostenido la tesis de que el sorteo no era para los atenienses, como es para nosotros, un medio de dejar la elección al azar, sino que para este pueblo religioso la voz de la suerte era la voz misma de la divinidad". Y Croiset ha escrito por su parte: "Encuétranse, en efecto, en las Leyes de Platón frases en que tal idea está más o menos indicada y nadie duda que los atenienses honraban a la fortuna como una divinidad. Pero no nos dejemos engañar por las palabras. El mismo Platón se expresa sobre eso con mucha reserva, y Aristóteles, en diversas ocasiones, considera la elección como un procedimiento aristocrático (en el sentido etimológico de la palabra) porque favorece a los mejores, mientras que el sorteo le parece esencialmente democrático porque establece la igualdad de las probabilidades entre los ciudadanos todos. Indudablemente ese fué el fondo del pensamiento de los atenienses y la idea de la acción divina ocupaba en la concepción del sorteo un espacio menos grande que el de las igualdades". Da ser verdadera la crítica envenada, se ve bien que la democracia, en el sentido de la igualdad ciudadana, era elevada a límites hiperbólicos. El título de ciudadano daba el derecho para desempeñar las dignidades de las magistraturas suponiendo a priori el talento de que se ha menester. Basta con destacar el amplísimo principio para dominar la concepción de la democracia en toda su salubridad.

No hay para qué hacer la objeción de que la igualdad así practicada por medio del sorteo, es elementalmente absurda si se la confronta con la experiencia, cosa que por cierto no ignoraban los atenienses, puesto que se valían de la elección para las magistraturas más delicadas. Pero lo significativo de la cuestión, es el respeto al principio igualitario y la gran estima que se profesaban los ciudadanos. Vale decir, era suficiente con ser miembro de la democracia, para estar considerado como nombre de virtudes y de capacidades. Los libros ejércitos individuales y colectivos, no suponían la vana composición de una teoría, sino que eran reales manifestaciones vivientes. Tan libres se comportaban los atenienses, que todo se hablaba libremente a la iniciativa del individuo. Las cuestiones trascendentales del Estado como la declaración de una guerra, por ejemplo, se ventilaban y resolvían en discusiones a la luz del sol. A la plaza pública concurrían todos los ciudadanos y allí se improvisaba el tribunal que fallaba. Los oradores desempeñaban el papel de intérpretes fieles de los sentimientos populares. Sólo en un medio como aquel de libertades manifestaciones corporales y espirituales, fué dable que cada filósofo creara un sistema de concebir el universo y la vida y de que las artes plásticas culminaran en la expresión de una belleza imperecedera.

La Grecia de aquel entonces entraña un momento capital en la historia humana, momento de vastas creaciones incomparables en que, por fuerza, tenemos que inspirarnos. Y bien, en qué se parecen las democracias que han prendido según se nos muestra el modelo de la ateniense? En nada. Pero, en qué debe parecerse la que nosotros llamamos del trabajo? Simplemente en su espíritu libre y de equidad, tanto como en su pensamiento desnudo de trabas que expansionábase con gracia por la república y cuyas cualidades antidogmáticas son las que deben enhebrar el municipio moderno, la provincia, la nación, el continente y la raza. No existiendo otra más grande y sugestiva civilización que la helénica, es que reivindicamos su carácter de un eterno y puro clasicismo.

Lois Bonalvo

PANORAMA EDUCACIONAL

CONVENCION DE MAESTROS

Haata ahora han tenido la dirección del mundo los políticos, los banqueros, los militares y los clérigos. Y ellos han creado en los países civilizados una patológica mentalidad guerrera que mantiene sus armados los espíritus, frustrando los ideales limpios y generosos de la fraternidad universal.

"Siento una pena cotidiana — dice Gabriela Mistral, la más excelsa mujer americana, actualmente en Francia — observando en Europa el éxito creciente de un nacionalismo rabioso que prepara otra guerra para de aquí 5 ó 10 años".

Y lo peor de todo, es que se infiltra el veneno de este chauvinismo en el alma de los niños a través de una educación criminal, que en lugar de quemar todos los libros que enseñan el odio, por el contrario los convierten en textos escolares, cual si el ideal del Estado y de su escuela pública, fuese perpetuar la maldita raza de Gafn, preparando a la humanidad desde la cuna para la guerra.

Pero ha sonado la hora de la responsabilidad para quienes pagados por el pueblo tienen la democrática misión de educar a los hijos del pueblo.

En suma, que ahora les toca hablar a los maestros y éstos se disponen a hacerlo sinceramente, para aclarar en la conciencia colectiva cuál es o debe ser el concepto verdadero de su función y en nombre de qué ideales humanos, no desde el punto de vista de los miserables intereses de clase que actualmente se debaten, sino desde el alto punto de vista de los intereses de la especie, deberán educar en estas tierras prometidas de la libertad, a las nuevas generaciones de América.

Con ese noble propósito, los trabajadores de la enseñanza que sirven conscientemente a los fines de la cultura misma y no de quienes ponen la cultura a los fines del Estado, han citado a las figuras más destacadas de las nuevas escuelas que están propagándose en Europa y, sobre todo, a los maestros idealistas de América, para discutir en una Convención Internacional de Educadores que se reunirá el 8 de Enero en esta Capital, no los asuntos baladíes de la pedagogía oficialista, sino los problemas sociológicos de la cultura.

ASPECTO SOCIAL DEL CONGRESO

Haata ahora se han realizado congresos internacionales y panamericanos de todo índole, pero es la primera vez que se piensa en una Convención Continental de educacionistas para debatir en su aspecto social (y no académico) los problemas de la educación popular que tiene por fin la formación y depuración de nuestras democracias americanas.

Por eso esta Convención interesa más que a los pedagogos del Estado, los padres de familia de todas las clases sociales, para quienes el niño no es un conejo de experimento sino el sujeto real de sus amores, en quien cifran ellos sus mejores esperanzas para el porvenir.

Interrogado uno de los miembros del Comité que tiene a su cargo la celebración de esta Convención, sobre la importancia real que se le atribuye a dicho certamen educativo, nos ha respondido:

—Los organizadores de esta magna asamblea de maestros y amigos de la educación, pensamos dos años que, aunque no se materialicen en hechos, nosotros, no por eso dejan de ser prácticos, pues, descontentamos, en cambio, la trascendental repercusión que tendrá en el espíritu público y... hasta en la mente oficial, la cual si por sí misma inventa nada, en esta materia, no podrá menos que enterarse de los innumerables ensayos educacionales que se efectúan en el mundo y que sólo repudian los bárbaros.

En primer lugar, yo soy de los que creen que la unidad espiritual de América no la harán los diplomáticos al servicio de dictadores más o menos supeditados al oro de Wall Street, ni los paparrayos del norteamericanismo que es el último ismo "made in U.S.A.", sino los maestros de escuelas, los intelectuales libres y los trabajadores manuales.

Pongo en primer término a los maestros porque de la hermandad intelectual de ellos dependen gran parte que América alcance la jerarquía espiritual de una cultura autónoma, superior por su contenido de humanidad, a la vieja cultura occidental envenenada de odio y chauvinismo.

Pero, aparte de este punto de vista, que pudáramos denominar panorámico, yo creo que de esta Convención va a salir un plan

concreto de reconstrucción total en su aspecto técnico y administrativo de nuestro angustioso y aristológico régimen de enseñanza, puesto que ésta sigue siendo todavía un privilegio, desde que el Estado sólo educa (y malamente) a una minoría de la nación.

Será esta primera Convención Internacional de Maestros un acontecimiento intelectual para nosotros. No sólo por la calidad de los asuntos a discutirse, sino, también, por la nutrida asistencia de delegados que vendrán de los países americanos y Europa, entre los cuales se cuentan figuras eminentes de la nueva educación.

LA INICIATIVA ES DE LOS MAESTROS CHILENOS

El honor de esta iniciativa no le corresponde a los maestros argentinos sino a los chilenos que han demostrado ser más idealistas que los nuestros, pues ellos que rechazaron promesas de aumentos de sueldos sino se les daba al mismo tiempo la reforma escolar, han terminado por imponer moralmente al propio dictador de Chile, quien le ha dado sanción legal desafiando la protesta de las clases conservadoras del país. Es verdad que después de firmado el decreto, el coronel Ibáñez se asustó, y sacrificó al ministro autor de la reforma, el cual después de ser herido de un balazo por su colega de hacienda, fue destituido y desterrado al extranjero; pero con todo eso, no se animó a dar máquina atrás y la reforma está en pie.



¿QUE HARAN LOS MAESTROS ARGENTINOS?

El desconcepto social que le han creado aquí al magisterio quienes nunca tuvieron otra aspiración que convertirlo en un rebaño político, es, por desgracia fundado. Por obra y gracia del favoritismo, que es el arte de corromper al gremio, hay muchos ganapanes en la enseñanza que sienten por su profesión la misma vocación que pudieran sentir por el oficio de guardia cárceles. Pero hay también una minoría (que tiende a hacerse mayoría) de maestros idealistas, que leen, que se informan, que están atentos al movimiento extraordinario de la nueva educación y las corrientes filosóficas que renuevan la cultura. Donde se ha encontrado mayor caudal de energías vírgenes en este sentido, es entre los maestros del interior de la República.

Parecería que en las provincias están las fuentes de reservas de las fuerzas morales y eficientes encargadas de salvar al país del encanallamiento político que arrastra los pueblos gradualmente, por obra y gracia de la corrupción de los de arriba y el envilecimiento de los de abajo, a las abyectas dictaduras del cuartel.

A estos maestros, una vez que se organicen les tocará cancelar a los políticos su título de directores supremos de la enseñanza, puesto que son los peores enemigos de la cultura nacional, y reorganizar ésta de modo que sean técnicos y no logos quienes asuman la responsabilidad de su gobierno y dirección.

BIBLIOGRAFIA

"LA BODA DE DON JUAN"

Por CARLOS M. NOEL

Este libro está escrito en un castellano premeditado, lleno de empaques, impropio e inexacto. La primera consideración que uno se hace al terminar su lectura es esa; las que le siguen también se refieren a la técnica. Se deduce que la obra en cuestión no tiene valores de otro orden que puedan impresionar al lector. Efectivamente, no los tiene.

Es un cronicón sin gracia, de una estupidez descalabrante. Su autor cree que se pone a salvo advirtiéndolo que no ha hecho otra cosa que novelar un caso histórico. La fábula no le pertenece. No hay que juzgar, pues, a su pedido, más que la manera de presentarla literariamente. Y en esto no ha estado muy feliz que digamos.

Ya estubo mal en la elección del asunto, que encontré "revolucionando rancios papeles y viejos archivos americanos".

La desaveneza de un matrimonio culminando en el pleito por anularlo, porque la dama, vinda tres veces, sufre de estrechez, no es asunto que pueda enamorar a ningún novelista de raza. Si este asunto tan desgraciado no es más que un pretexto del autor para presentar determinados personajes y ambientes de época pretérita, entonces, Carlos M. Noel no tiene talento suficiente para reconstruir literariamente personas o cosas de otras edades. Por momentos es tan falsa, tan postiza la actuación de los personajes que, llegando al extremo ridículo mueven a risa. No hay del setecientos que quiere evocar, sino un desfile abrumador de objetos, de modos, de palabras de la época.

Lo exterior y superfluo; lo que de ningún modo tiene poder de evocación,

ni representa un estado psicológico. Pero, aseo, olvidamos que Carlos M. Noel, es principiante en la literatura. Con "La boda de don Juan" hace su presentación en las letras. Para empezar ya ha dado una prueba de mal gusto. Su personalidad política y diplomática, su posición social y su fortuna, no pueden quitarle, como parece pretender, este carácter de principiante. En este sentido, únicamente nos ha interesado su libro, como nos preocupa de preferencia, en el ejercicio de la crítica, el de todo escritor que comienza.

Advertimos que Noel cree que literariamente merece las mismas consideraciones que se le otorgan como político o diplomático. De otro modo no nos podemos explicar que haya solicitado a Pérez de Ayala que le escribiera el prólogo. Pérez de Ayala, presenta esta "crónica novelada". Nos quedamos con la duda de si el prólogo ha sido escrito para la novela o la novela para el prólogo, pues Ayala no dice de "La boda de Don Juan" más que dos o tres palabras en treinta o cuarenta páginas de filosofía, sociología, crítica. Y nada tienen que ver esas magníficas disquisiciones con el libro primerizo de nuestro ilustre compatriota.

De todos modos este prólogo le queda muy holgado al librito de Noel. En Madrid, un crítico conocido, escribió tres artículos sobre el prólogo; en el último dedicó algunos párrafos corteses a la novela. Este hecho demarca exactamente la diferencia de valores que acusan el prólogo y la obra.

Toca Pérez de Ayala en su artículo el asunto del meridiano intelectual que provocó aquí y allá, entre litera-

tos imaginíficos, algunos rozamientos. Ahora es asunto de polémica entre "La Fiera literaria" y "La gaceta literaria". Hay quien sostiene desde la revista milanesa que el meridiano intelectual de la nueva generación de escritores argentinos está en Roma. Y la citada revista italiana como un desafío a "La Gaceta literaria" ha promovido una encuesta entre los escritores argentinos de descendencia italiana, para establecer qué grado de influencia tiene en la intelectualidad argentina, la literatura italiana.

Sinceramente: ni Roma, ni Madrid; París y Moscú, todavía.

El tipo de escritor argentino que tiene a Roma por meridiano intelectual lo encarna Arturo Lagorio. Y la obra de este escritor es cosa ya juzgada. El tipo de escritor argentino que pone ojos de Madrid lo encarna Enrique Larreta. A Larreta le ha salido un discípulo: Carlos M. Noel. Claro está que después de estas experiencias hay que desistir de fijar meridianos.

Resumiendo: en el libro de Carlos M. Noel, lo único bueno que hay es el artículo de Ayala, aunque en parte no estemos de acuerdo con él. La novela es de lo más aburrido que se conoce. No tiene Noel, aparentemente, condiciones para el difícil género que ha

abordado. No se ve en él al artista creador. No se ve siquiera al "croniqueur" hábil. Su libro es perfectamente aburrido. Y esto sí que es imperdonable en el que toma a su cargo la responsabilidad de contar un caso a sus semejantes. Porque el cuentista y el novelista tienen una responsabilidad; no aburrir. Noel carece de imaginación; no tiene gracia. Agréguese a esto una prosa relamida y fastidiosa, con términos que parecen pegoteados y situaciones sucias y grotescas, y se verá la razón que nos asiste al declarar que C. M. Noel ha fracasado en su intento literario.

De todos modos no debemos olvidar que este es su primer libro. Las fallas anotadas — falta de talento creador, de gracia, de buen gusto, de discreción en la medida, de prudencia en las situaciones, de ponderación en el juicio — son imputables a la mayoría de los que ensayan escribir un libro.

Dejando a un costado estos leves defectos, quizás podamos saludar a Carlos M. Noel a un joven escritor que se inicia y que mañana puede dar los frutos que cabe esperar de quienes se dedican al arte literario, disponiendo de tiempo, de comodidades y fortuna, para tramar, ajustar, pulir y dar esplendor a la obra.

Revisada Barletta

Otra vez, como en el número anterior, por falta de espacio, quedaron afuera infinidad de colaboraciones. Hasta que no podamos aumentar el número de páginas, probabilidad que no depende de la venta puesto que la venta no alcanza a cubrir los gastos de la impresión sino de la ayuda espontánea de todos aquellos que nos ayudan y que desean ayudarnos, hasta que no logremos esto, declinamos, no podremos dar satisfacción a los escritores que nos favorecen con su esfuerzo intelectual.

LA CAZA

Por HORACIO G. RAVA



*Llegaron al pueblo, macilentos,
cargando en los hombros
la fatiga de muchas jornadas.
Venían del obraje
huyendo, los parias.*

*Cuatro años de vida volteando quebrachos,
cuatro años enormes,
les robaron las fuerzas y el ánimo;
y la proveduría
pa toda la vida
los dejó clavados.*

*¡El hambre o el trabajo forzado!
¡Terrible dilema!
Y huyeron
perseguidos de cerca.*

*Llegaron al pueblo, macilentos. .
Diez días de fuga
o bosque-travesía,
y detrás, la partida, afanosa,
por cazar 'las fieras'.*

*Llegaron al pueblo y no hallaron
compasión siquiera;
ni una cama pa echar un descanso,
ni una mala mesa. . .*

*Y llegaron también los soldados,
—guardianes del orden—
los cargaron de esposas y barras
y después de azotarlos sin asco
los volnieron
a la selva brava.*

*¡Y las gentes del pueblo los vieron
sin decir palabra!*

H. G. Rava



eD InCl

Impreso en los talleres sociales de
la Federación Gráfica Bonaerense
Independencia 1982
U. T. 38 Mayo 6863